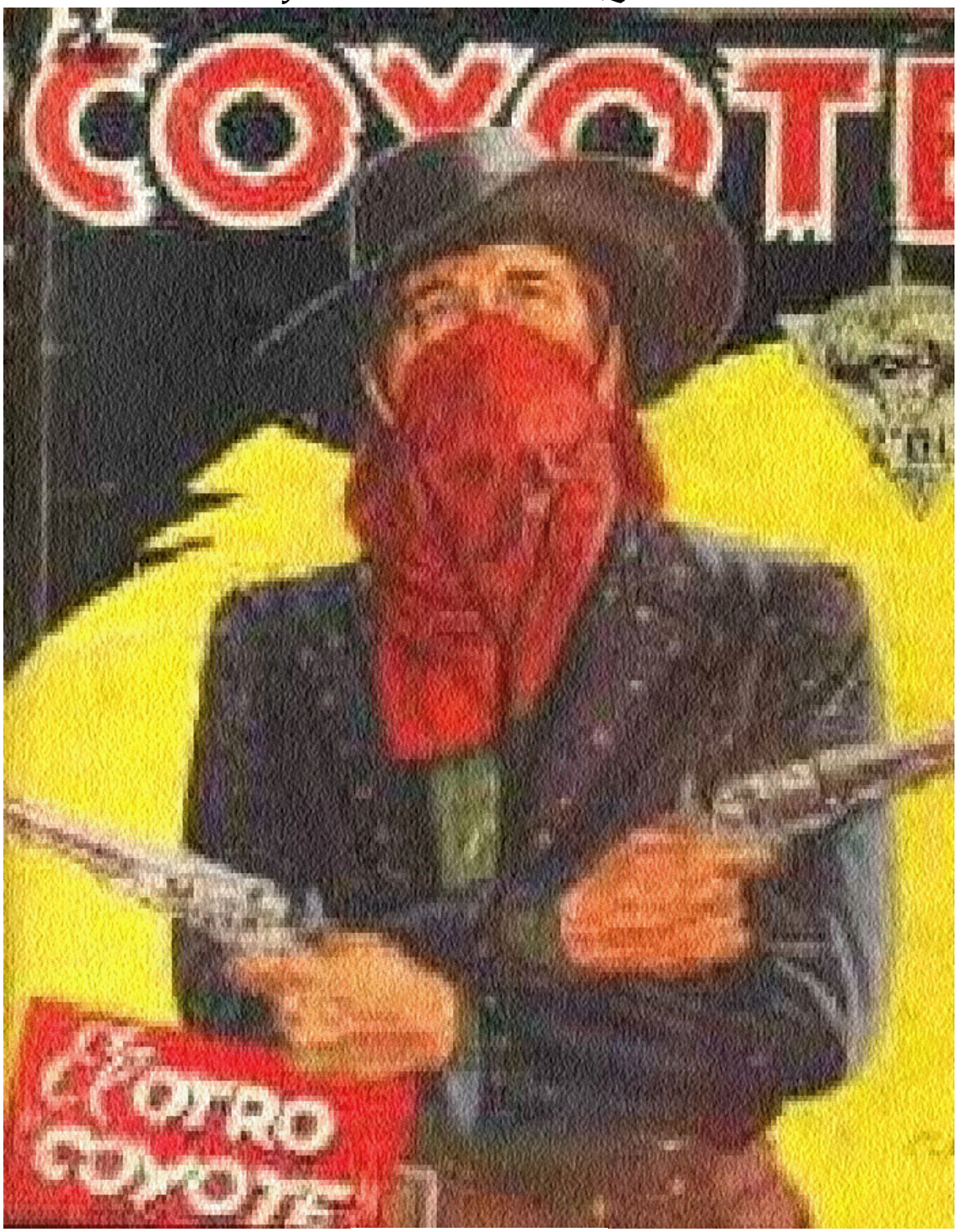
El otro Coyote

JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL OTRO COYOTE

Capítulo primero

Diligencia asaltada

El tintinear de cascabeles, el ludir de unas ruedas mal engrasadas y el estruendo de las llantas sobre la desigual carretera, hicieron levantar la cabeza a Ricardo Yesares en el instante en que se disponía a encender la pequeña hoguera para guisar su sencilla comida. Junto al montón de ramitas y cortezas tenía ya un recipiente de hierro estañado que servía de plato y de sartén. En aquel momento estaba ocupado por unas largas lonjas de tocino. En la hierba, junto al plato, veíanse tres huevos y un trozo de pan. Comida de gringos, indigna de un buen paladar californiano; pero Ricardo Yesares había vivido lo suficiente entre los gringos para habituarse a su sistema de alimentación y también a su presencia en la caballeresca California, que desde la llegada de los yanquis era cada vez menos caballeresca, pues ya la palabra de un caballero carecía de valor, y en cambio un papel firmado tenía una importancia suprema. ¡Un papel firmado! ¡Bah! ¡Qué lejanos estaban los tiempos en que la palabra de un Yesares valía tanto como la del rey! Otros tiempos, otras costumbres y otro gobierno. Y todo ello en perjuicio de los californianos.

Sin saber exactamente por qué, Yesares interrumpió sus esfuerzos por encender el fuego y miró hacia la carretera, por entre las ramas de los árboles.

Diligencia a Los Ángeles, desde Mojave pasando por Palmdale, que era, también, el lugar adonde Ricardo se dirigía. Protegida por dos jinetes que cabalgaban delante y detrás del carruaje, armados de largos rifles, y por otros dos hombres sentados en el techo del vehículo, uno junto al conductor y otro detrás.

-Debe de llevar oro -pensó Yesares.

La curiosidad le hizo seguir el proceso de la diligencia. De pronto vio cómo los dos jinetes vacilaban, en sus monturas. Al instante sonaron dos detonaciones simultáneas, cuyos ecos acompañaron hasta el suelo a los guardas del carruaje.

Sus compañeros volviéronse para disparar contra los atacantes, cuya presencia era acusada por la densa humareda de los disparos; pero antes de que pudieran hacer nada sonaron dos nuevas detonaciones y otros dos copos de humo de pólvora negra se elevaron de entre unos matorrales, mientras los últimos guardianes de la diligencia caían al suelo desde sus puestos.

-¡Alto! -ordenó una potente voz.

El conductor tiró de las riendas y con el pie echó el freno. Al mismo tiempo un hombre salió de entre los árboles, empuñando un revólver de largo cañón.

-Baja -dijo, dirigiéndose al conductor.

Al llegar el pobre hombre a tierra, y cuando aún estaba de espaldas al bandido, éste le golpeó en la cabeza con el cañón de su revólver; pero en el mismo instante un

disparo sonó en el interior de la diligencia, y el atacante, girando sobré sus talones, soltó el arma y cayó junto a su víctima, y quedó, tras un momento, completamente inmóvil.

El autor del disparo, un muchacho de unos dieciocho años, apareció en la portezuela, empuñando una pistola de cortos cañones. Su descenso del vehículo fue precipitado por otro disparo. Alcanzado en pleno pecho, el joven se desplomó de cabeza, mortalmente herido.

Ricardo Yesares lo presenció todo. De súbito, se dio cuenta de que la tragedia se había desarrollado en menos de un par de minutos. Su mano derecha buscó la culata de su revólver. Entretanto dos hombres salieron al centro de la carretera y se detuvieron juntos a las víctimas del ataque. Vestían como norteamericanos y empuñaban cada uno un revólver de seis tiros. Un pañuelo anudado por debajo de los ojos les ocultaba por completo el rostro.

-Lo mataron -dijo uno, golpeando con el pie al bandido muerto.

-Menos gente a la hora de repartir -replicó el otro-. Bajemos el oro.

Del interior de la diligencia, cuyo único ocupante había sido el joven de la pistola, sacaron una pesada arca de roble, reforzada con bandas de hierro, y la dejaron caer violentamente al suelo, de donde levantó una densa polvareda.

-Está cerrada -dijo uno de los bandidos.

El otro, que vestía con mayor elegancia, golpeó furiosamente la caja con el pie, abriendo con la rodela de la espuela un hondo surco en la madera. Luego, comprendiendo que de aquella forma no podría jamás abrirla, apuntó con el revólver al candado que la cerraba y disparó dos veces. El segundo proyectil destrozó el candado. Los dos hombres se inclinaron sobre la abierta arca, cuyo contenido brillaba al sol con dorados destellos.

-Doce mil dólares -comentó el que había abierto la caja.

-¡Aparta las manos de ese oro, canalla! -ordenó en aquel momento Yesares. El joven había descendido a la carretera, y sin ser visto por los dos bandidos, habíase deslizado hasta detrás de ellos.

Los salteadores levantaron rápidamente los brazos. Yesares les quitó los revólveres. Luego, llevando la mano hasta los pañuelos que les cubrían el rostro, se los arrancó, diciendo:

-Ahora os veré las caras. Volveos.

Para verles mejor Ricardo Yesares dio dos pasos atrás. En aquel momento creyó oír un leve ruido tras él e iba a volverse cuando algo muy duro chocó contra su cabeza. El mundo, ante sus ojos, estalló en mil lucecillas y luego todo se apagó. Un abismo insondable abrióse ante él. Yesares sintióse hundir en aquel precipicio. Cuando chocó contra la polvorienta carretera, Ricardo había perdido el conocimiento.

-Llegué a tiempo -dijo el salteador que hasta entonces había permanecido oculto, cumpliendo la misión de vigilancia que le había sido encargada-. Si tardo un poco, el amigo ese le da un disgusto, jefe.

El aludido volvióse lentamente y se cubrió de nuevo el rostro con el pañuelo.

-Sí; hemos tropezado con más inconvenientes de los que esperábamos -comentó, recogiendo su arma.

-¿Termino con él? -preguntó el tercer bandido, señalando a Yesares.

El jefe reflexionó unos segundos y, al fin, contestó:

-No. Creo que puede sernos útil.

Inclinóse y cogió el revólver del californiano.

-Un cuarenta y cuatro -murmuró.

Abrió la recámara y examinó los cartuchos que contenía el cilindro.

-Iguales-dijo.

Después sacó uno de los cartuchos que llenaban el cinturón canana de Yesares y vio que era idéntico a los contenidos en el cilindro.

-Bien, bien -sonrió.

No descubriendo en el arma de Yesares ninguna característica esencialmente distinta de su propio revólver, lo guardó en su funda y dejó caer su Colt junto al californiano.

-¿Qué piensa hacer, jefe? -preguntó uno de los dos bandidos.

-Lo que yo pienso hacer se llama estrategia y astucia. Y ya comprobaréis por vosotros mismos las ventajas de saber utilizarlos. Ahora, a trabajar. Trae los sacos.

El bandido que recibió esta orden corrió hacia donde estaban los caballos y de la silla de uno de los animales descolgó tres saquitos de lona que llevó a su jefe. Éste los llenó con el contenido del cofre, comentando:

-Buen botín. Los negocios marchan viento en popa.

Volvióse hacia sus hombres y agregó:

-Tú, Murdoch lleva esto a nuestro refugio y guárdalo allí. -Dirigiéndose al otro, siguió-: Tú y yo, Evoy, empezaremos a preparar la comedia. Démonos prisa.

Mientras el jefe de los bandidos y Evoy se quitaban los pañuelos que les cubrían el rostro, Murdoch, montando a caballo y llevando de la brida el otro animal en que estaban cargados los sacos de oro, emprendía la marcha hacia su refugio.

Si cualquiera de los tres asaltantes hubiera mirado hacia lo alto de la colina, cuya falda era bordeada por la carretera, habría visto moverse levemente unas matas, tras las cuales, y tendido en tierra, se encontraba un hombre vestido a la moda californiana, aunque con varios complementos mejicanos. Aquel hombre había presenciado desde su escondite gran parte de lo ocurrido en la carretera, junto a la inmovilizada diligencia.

Por un momento pareció vacilar sobre lo que debía hacer; pero al fin decidióse y con gran cuidado retrocedió hasta la otra vertiente de la colina. Al llegar allí se puso en pie y fue hacia su caballo, que aguardaba pastando plácidamente. Un observador poco sagaz habría creído por un instante que aquel hombre era el mismo Ricardo Yesares, que en aquel momento yacía tendido junto a la diligencia. Quizá a tal impresión contribuyera la semejanza del traje o la igualdad de la raza. Fuera lo que fuese, lo cierto era que entre los dos hombres existía cierto parecido físico y uno mucho mayor en lo que se refería a la estatura y corpulencia.

El misterioso espectador del drama desarrollado en la carretera de Mojave a Los Ángeles sacó de un bolsillo un negro antifaz y se cubrió con él el rostro. Luego, montando a caballo, picó espuelas y partió en seguimiento del bandido que marchaba con el oro robado. En su rostro floreció una irónica sonrisa que fue borrada en seguida por un amenazador fruncimiento de los labios, mientras la mirada del jinete seguía las evoluciones del hombre a quien perseguía.

Capítulo II

Reunión de linchadores

Palmdale, situada un poco al norte de la confluencia de las carreteras a Los Ángeles y a San Bernardino, era una población típica de la California del Sur. Fundada recientemente por los que llegaron a California en busca de oro, tenía todos los defectos y cualidades de las ciudades jóvenes. Era impetuosa, no conocía más ley que la de la violencia y el desprecio de la vida ajena. Sus habitantes eran casi todos anglosajones, con los suficientes chinos para que poseyera ese aspecto característico de los pueblos californianos, que tanto deben y tan poco agradecen a los laboriosos hijos de China.

Desde hacía rato, una multitud ya impaciente aguardaba ante la oficina de la diligencia.

-Tarda mucho -gruñó un hombretón de camisa roja y negra barba de una semana-. No comprendo cómo se retrasa tanto.

-A mí me hubiera extrañado mucho más que llegara pronto -replicó su vecino, que vestía pantalones rayados, embutidos en unas botas de cañas altas y sujetos por un cinturón de cuero encima del cual iba otro cinturón lleno de metálicos cartuchos de revólver y del cual pendía, dentro de su funda, un Colt del 45, modelo militar. Además de esto, vestía un chaleco floreado y una mugrienta levita. Entre la levita y el sombrero de tubo de chimenea que tapaba su calva, el hombre mostraba una cara adornada con una hirsuta barba, una rojiza nariz y unos ojillos de gallina.

-¿Por qué tenía que extrañarte? -preguntó el de la camisa roja.

-Porque trae mucho oro y el oro es un cebo delicioso para los salteadores de caminos -replicó el del sombrero de copa-. Yo creo que la habrán asaltado.

-Rubin, el factor, ha salido a su encuentro -dijo el otro-. Es buen tirador y monta en un buen caballo. Debió de alcanzarla...

Un lejano estruendo, mezcla de traqueteos, chirridos, ludidos, cascabeleos y batir de cascos de caballos interrumpió la discusión y atrajo todas las miradas hacia el extremo de la carretera que al cruzar Palmdale se convertía en la Main Street (Calle Mayor).

Una polvorienta diligencia en cuyas portezuelas se leía el nombre de WELLS & FARGO EXPRESS, acababa de entrar, oscilando y balanceándose como un buque en mar gruesa, en la calle. Detrás de ella iban cuatro caballos atados y en el pescante sentábase un hombre vestido con una chaqueta gris y unos pantalones negros y cubierta la cabeza con un sombrero de ala ancha y copa aplastada.

-¡Es Rubin! -exclamó el de la camisa roja.

-¡Algo ha ocurrido! -gritó el del sombrero de chimenea, tratando de hacerse oír de los que le rodeaban.

Era indudable que algo había ocurrido; pues al llegar ante la oficina y parador de la diligencia, Rubin tiró de las riendas, frenando a los cuatro caballos, y, con voz alterada, gritó:

-¡Que venga en seguida el *sheriff*!

-¿Qué ocurre, Rubin? -preguntó un hombre, vestido poco más o menos como los demás, pero en cuyo chaleco brillaba la estrella de los representantes de la ley.

-Hola, Bryce -replicó Rubin-. Busca a tus comisarios y prepárate.

-¿Han asaltado la diligencia? -preguntó Bryce.

-Pues parece que sí.

Un furioso y creciente murmullo elevóse de la multitud. AI murmullo siguió un amenazador avance hacia la diligencia. Bryce, comprendiendo que ocurría algo importante y que convenía contener a la gente, abrióse paso a codazos y llegó hasta el carruaje. Se encaramó al pescante y preguntó en voz baja a Rubin:

-¿Han matado a alguien?

-Sí -replicó el interrogado-. A cuatro guardianes y al chico de Hammond.

El *sheriff* Bryce palideció.

-Traigo a uno de los bandidos -agregó Rubin-. Está atado dentro de la diligencia. También traigo a Collier. Tiene la cabeza medio rota; pero está vivo.

-Cuidado -recomendó el *sheriff-.* Si se enteran querrán linchar a ese canalla y no podremos interrogarle.

Levantándose, encaróse con la muchedumbre y ordenó:

-Apartaos. En la diligencia vienen algunos heridos y tenemos que cuidar de ellos. Los meteremos en la oficina.

Al ver entre los presentes a dos de sus comisarios, los llamó y les ordenó que le ayudasen. Saltando desde el pescante a la acera de tablas abrió la portezuela y dentro de la diligencia vio a un hombre de unos veintiocho o treinta años, fuertemente sujeto con una cuerda.

-De prisa, metedlo dentro de la oficina -dijo a sus hombres-. Cubridlo con esta manta.

Los dos comisarios se apresuraron a cumplir las órdenes de Bryce y metieron al desconocido dentro de la oficina de la «Wells y Fargo». Además, dentro de la diligencia se hallaba Collier, con la cabeza envuelta con una ensangrentada tira de lienzo. En el suelo, amontonados, aparecían seis cuerpos humanos mal cubiertos por una manta de algodón.

Apenas la puerta de la oficina se hubo cerrado detrás de los comisarios de Bryce, Collier, ayudado por algunos de sus amigos, descendió penosamente del carruaje y se apresuró a decir a cuantos quisieron oírle:

-Nos asaltaron los bandidos. Mataron a los cuatro guardines y al chico de Hammond.

Un grito salvaje resonó en aquel momento en la calle y un hombre vestido con más elegancia que la generalidad de los habitantes de Palmdale avanzó hacia la diligencia.

-¿Qué le ha ocurrido a mi hijo? -rugió-. ¿Dónde está?

Collier vaciló, dio un paso atrás e, instintivamente, volvió la vista hacia el interior de la diligencia y su trágico cargamento.

-Señor Hammond... -tartamudeó-. Es que...

-¿Qué ocurre? -gritó el hombre, propietario del banco local y al que iba destinado el cargamento de oro.

-Robaron el oro... -tartamudeó Collier.

-¡Al diablo el oro! -bramó Hammond-. ¡Mi hijo! ¿Dónde...?

Mientras hablaba había llegado hasta la abierta portezuela y lo primero que vieron sus ojos fue el ensangrentado cadáver de su hijo, Por un momento se tambaleó como si hubiera recibido un formidable mazazo en el pecho. Sus manos buscaron, instintivamente, un asidero y pareció a punto de caer sin sentido. Un violento esfuerzo que fue claramente acusado por su lívido semblante le permitió continuar en pie, mientras su boca se abría en un silencioso gemido que se ahogó en su garganta.

-¿Quién...? ¿Quién lo mató? -pudo preguntar, al fin.

-No sé -tartamudeó Collier, asustado por la furia que se reflejaba en el banquero-. A mi me dejaron sin sentido antes de que le hicieran nada. Rubin debe de saberlo. El cofre del oro está vacío... -y el conductor señaló el arca despojada de su valioso contenido.

Hammond cruzó la acera y penetró en el despacho de la «Wells y Fargo», mientras los espectadores se agolpaban en torno del vehículo en un malsano deseo de ver los cadáveres.

-¿Qué ha ocurrido, Rubin? -preguntó Hammond, con ojos llameantes, diri-

giéndose al hombre que había llegado conduciendo la diligencia.

Rubin interrogó con la mirada a Bryce.

-Asaltaron la diligencia... -empezó el *sheriff.*

-Ya lo sé -interrumpió violentamente Hammond-. Lo que quiero es saber qué ocurrió. ¿Quién mató a mi hijo?

-Cuando yo llegué para acompañar a Collier y a los guardianes, ya había empezado el tiroteo -explicó Rubin, que era el encargado de la agencia de Palmdale-. Los de la escolta habían caído ya y desde un altozano vi cómo Collier bajaba del pescante, amenazado por un bandido que empuñaba un revólver.

-¡Diga lo que fue de mi hijo! -interrumpió de nuevo Hammond.

-A eso voy, señor Hammond. El bandido golpeó con su revólver a Collier y le hizo caer sin sentido al suelo. En el mismo instante, y cuando yo descendía en socorro de ellos, vi a su hijo asomarse a la portezuela y disparar contra aquel bandido. Pero en el momento en que Jim iba a bajar de la diligencia sonó un disparo y el muchacho cayó muerto.

-¿No intentó usted hacer nada? -preguntó Hammond.

-Claro que sí -respondió Rubin-. Dejé mi caballo y, procurando ocultarme, fui hacia donde estaban los asaltantes. Mientras tanto, habían aparecido varios más..., creo que tres, y descargaron el cofre del oro, lo abrieron de un par de tiros y empezaron a meter el botín en unos sacos que llevaban. Cuando llegué cerca de ellos estaban montando a caballo. Tres de ellos marcharon al galope. El cuarto tuvo dificultades con su montura y se entretuvo más tiempo del prudente. Como era el mismo que había disparado sobre Jim, salté sobre él y le golpeé con mi revólver, dejándolo sin conocimiento. Los otros, cuando se dieron cuenta de que su compañero había quedado atrás, quisieron volver en su socorro; pero yo, bien parapetado, comencé a disparar contra ellos con mi rifle, y comprendieron que antes de que pudieran acercarse lo necesario recibirían algún balazo. Como, además, no sabían cuántos estaban contra ellos, no quisieron exponerse más y escaparon al galope. De buena gana los hubiera seguido; pero estaba solo, y si ellos lo hubiesen descubierto, habrían terminado conmigo. Aguardé, pues, a que estuvieran lejos, y, mientras tanto, amarré a mi prisionero, cargué los muertos en la diligencia, vendé la herida de Collier, le hice sentarse dentro del coche, con la orden de disparar sobre el prisionero si intentaba escaparse, y, tomando las riendas, guié la diligencia hasta aquí.

-¿Y qué piensa usted hacer con el prisionero, Bryce? -preguntó el banquero.

El *sheriff* vaciló un momento. Conocía el violento carácter de Hammond y temía las consecuencias.

-Lo juzgaremos y se le ahorcará, seguramente.

-Puede estar seguro de que morirá ahorcado -declaró Hammond-. Dé la sentencia por dictada. Y le prometo que no hará falta verdugo, ni tribunal, ni otra cosa que una buena cuerda.

-Oiga, Hammond -declaró Bryce, muy pálido-, no cometa locuras. Si trata de linchar a mi prisionero...

-Su prisionero es el asesino de mi hijo -interrumpió el banquero-. No merece ninguna consideración y nadie la tendrá con él. Si intenta impedirme que haga justicia, asaltaré esta casa con mis hombres.

Bryce vaciló un momento.

-Si hace eso dispararé contra ustedes -dijo.

Pero a su acento le faltaba la seguridad del hombre dispuesto a todo. Hammond lo notó y, despectivamente, propuso:

-Interrogue al prisionero, convénzase de si es o no culpable y luego entregúenoslo.

-Está bien -respondió Bryce, con la sola intención de ganar tiempo, aunque sin saber para qué deseaba ganarlo-. Le interrogaremos.

Ricardo Yesares fue sacado de la habitación donde le encerraron al llegar allí y conducido ante el *sheriff,* Rubin y Hammond. Éste, al verle, hizo intención de precipitarse sobre él, pero fue contenido por Bryce y uno de los comisarios.

-No cometas locuras -pidió el *sheriff.*

-Está bien, me aguantaré hasta el fin -replicó el banquero-. Interrogúele.

-¿Quién eres? -preguntó Bryce, dirigiéndose a Yesares-. ¿De dónde vienes?

Ricardo Yesares, aún medio atontado por el golpe recibido, replicó:

—Soy Ricardo Yesares, de San Luis Obispo. Venía a Palmdale para ir a Los Ángeles, y mientras estaba preparando mi comida vi llegar la diligencia. Por lo visto había unos hombres ocultos y dispararon sobre los vigilantes. Los mataron, y luego, uno de los asaltantes hizo bajar al conductor de la diligencia y le golpeó con su revólver. Desde dentro del carruaje un muchacho disparó su pistola contra aquel bandido y parece que lo mató; pero en el momento en que iba a bajar dispararon sobre él.

-¿Quién disparó? -preguntó, con alterada voz, Hammond.

-Un hombre que salió luego de entre los árboles, acompañado por otro. Dijeron algo acerca de la muerte de su compañero.

-¿Qué dijeron? -preguntó Bryce.

-Que les tocaría a más en el reparto -contestó Yesares.

-¿Y cómo lo oíste? -preguntó Hammond.

-Yo me había ido acercando -siguió el joven, mientras Rubin y Bryce cambiaban una mirada de inteligencia-. Cuando los dos bandidos sacaron la caja que contenía el oro y dispararon sobre el cerrojo, abriéndola, yo salí de mi escondite y les ordené que levantaran las manos... Les quité los revólveres y los pañuelos con que se cubrían la cara; pero en aquel instante recibí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento. Casi hasta ahora no lo he recobrado. No sé que ocurrió luego ni cómo he llegado hasta aquí. ¿Dónde estoy?

-A medio paso de la horca, ¡canalla! -gritó Hammond, pugnando por lanzarse sobre el preso.

-¿Eh?

-Yo te explicaré, Yesares, si es que realmente es ése tu nombre -dijo Bryce-. Lo que nos has explicado es un cuento chino y no ha convencido a nadie. Sabemos que eres uno de los que asaltaron la diligencia. Y sabemos, también, cómo te capturó el señor Rubin -Bryce indicó con un movimiento de cabeza al jefe de la agencia-. Todo está contra ti y no podrás salvarte valiéndote de estúpidas invenciones.

-¿Dice que yo soy un... bandido? -tartamudeó Yesares, abriendo mucho los ojos.

-Sí, lo eres -siguió Bryce-. Y pagarás muy cara tu locura de asociarte con esos hombres; pero aún te concedemos una oportunidad de salvar la piel.

Al oír esto, Hammond casi se lanzó sobre el *sheriff.*

-Déjame hacer, Hammond -pidió Bryce. Y en voz más baja agregó-: Luego se lo entregaré a usted.

El banquero calmóse un poco y el *sheriff* continuó:

-Dinos dónde están o a dónde pensaban ir tus cómplices. Ellos tienen el oro, y si lo recuperamos y los detenemos a ellos, te aseguro que no serás tú quien suba al cadalso.

Bryce hacía esta promesa sabiendo que su prisionero no moriría en el cadalso porque le estaba reservada la justicia de Lynch.

-¡Pero si yo no soy ningún bandido! -gritó Yesares-. Yo estaba allí por casualidad cuando el asalto...

-Oye, muchacho, no nos hagas perder el tiempo. Si no nos dices dónde están tus cómplices, pagarás por ellos. Si nos ayudas a detenerlos, ellos pagarán por ti. Nos interesa recobrar el oro y capturar a toda la banda.

Con los ojos casi fuera de las órbitas y mirando, desesperado, a su alrededor, Yesares aseguró:

-¡Soy inocente, señores! ¡Yo sólo intervine en favor del cochero de la diligencia y en contra de los bandidos! Pueden informarse en San Luis Obispo. Allí me conocen todos. Los Yesares hemos vivido en California desde la conquista...

-Eso nos importa poco, Yesares -interrumpió el *sheriff-.* Usted formaba parte de la banda de salteadores, y el que su padre o su abuelo fueran muy decentes no significa que usted también lo sea. Si no quiere decirnos la verdad, tendré que entregarle a su destino.

-¡Pero si yo no he robado nada! -gritó el californiano-. No robé ni una pepita de oro.

-Ya sabemos que sus cómplices se llevaron el botín y por eso queremos recobrarlo. ¿Dónde están?

-Yo no sé...

-¡Basta ya! -gritó Hammond-. Estamos perdiendo el tiempo.

Soltándose violentamente de los que le contenían, el banquero salió de la oficina y al llegar a la calle levantó las manos, pidiendo a todos los allí reunidos que le escucharan. Cuando se hizo el silencio, Hammond anunció:

-Ha sido detenido uno de los asesinos que atacaron la diligencia. Se le quiere sustraer a la justicia del pueblo y dejar que se libre con unos años de cárcel. ¿Vamos a tolerar eso?

El pueblo de Palmdale no necesitaba que se le espolease mucho para decidirse a aprovechar la oportunidad de un linchamiento. Un clamor se elevó de todos los allí congregados y mientras unos iban en busca de la cuerda y del árbol, otros penetraban en alud en la oficina de la «Wells y Fargo».

Nadie intentó oponerse a su avance. Un momento después, Yesares era sacado entre clamores de venganza y arrastrado hasta un árbol que se levantaba frente al parador de las diligencias.

Una cuerda esperaba ya el momento de cerrarse en torno de la garganta del californiano, en tanto que varios hombres arrastraban unas cajas para utilizarlas como último pedestal del condenado.

Como todos los demás. Yesares tenía la mirada fija en el árbol y en la cuerda, mientras su corazón contaba los segundos que aún le separaban de la eternidad.

Bryce había recibido el permiso de conservar sus armas si prometía no impedir la ejecución. Cediendo ante la fuerza, y convencido, al fin y al cabo, de que Yesares era un bandido que merecía la muerte, el *sheriff* de Palmdale decidió que no valía la pena exponer su vida ni la de ninguno de los habitantes del pueblo por un maleante como aquél.

Desde la puerta de la agencia, Rubin contemplaba impasible la escena. No sentía ningún remordimiento, ni le conmovía la suerte de aquel hombre, en quien sólo veía un providencial instrumento para encubrir de alguna manera su propia culpa.

Durante unos segundos, Ricardo Yesares aún luchó por su vida, esperando que la justicia se impusiera; pero cuando vio que ni Bryce ni sus hombres intentaban nada por salvarle de aquella injusta suerte, cesó en sus esfuerzos y resignóse a morir. Como un pelele se dejó subir sobre las tres cajas colocadas debajo de la cuerda y sus superexcitados sentidos notaron todos los movimientos y roces de la soga de cáñamo que fue ajustada violentamente a su cuello; luego, comprendiendo que sólo podía confiar en Dios, le pidió amparo en aquel último instante de su vida.

Tres hombres apoyaron los pies en las cajas de madera, y a un grito las empujaron violentamente. Yesares sintió que el pedestal se hundía y perdió el equilibrio.

Un alarido de salvaje gozo elevóse de los espectadores cuando el condenado cayó de espaldas. Mentalmente todos vivieron anticipadamente la escena. Una caída de medio metro y luego, un violento tensar de la cuerda y un cuerpo humano que perdería, entre violentas convulsiones, su vida.

Pero sus esperanzas se vieron defraudadas, porque nada detuvo la caída de Yesares, que se desplomó contra el suelo arrastrando tras él la cuerda, segada en el punto de contacto con la rama que la sostenía.

Por un momento todos creyeron que la cuerda había sido incapaz de resistir el peso del cuerpo del californiano; pero en el mismo instante algunos recordaron haber oído una detonación.

Bruscamente, todas las cabezas se volvieron hacia el sitio donde había sonado el disparo. Por unos segundos nadie se movió.

Haciendo frente a la bestial multitud, un jinete, con un revólver en cada mano, sonreía amenazador. El sol arrancaba metálicos destellos a sus armas; pero no eran los dos Colts los que frenaron a los linchadores. Fue el identificar a aquel jinete, cuyo rostro estaba oculto por un negro antifaz, lo que hizo correr un helado escalofrió por todos los cuerpos, de los allí presentes mientras algunos lograban musitar. *-¡El Coyote!*

Capítulo III

La justicia del *Coyote*

-Buenas tardes, señores -saludó el famoso enmascarado, haciendo girar por el guardamonte y en torno del dedo índice el revólver que empuñaba con la mano derecha.

Este alarde de indiferencia ante una masa hostil no provocó ninguna reacción entre los presentes.

-Lamento haberles venido a privar de una diversión -siguió al cabo de unos segundos, durante los cuales pareció afirmarse el dominio de aquel hombre sobre su numeroso auditorio-. ¿De qué acusan a ese muchacho?

-¡Cortó la cuerda de un balazo! -exclamó alguien, señalando la rama y el punto donde una bala había penetrado en ella.

Un murmullo de asombro y de comprensión a la vez coreó al que pronunció estas palabras.

-Dígame usted, *sheriff,* de qué acusa a ese pobre hombre.

-¡Yo se lo diré! -rugió Hammond, abriéndose paso hacia *El Coyote-.* Yo se lo diré con...

Mientras hablaba llevó la mano a la culata de su revólver; pero en el mismo instante el del enmascarado vomitó una llamarada y a la vez que Hammond sentía un golpe en la cadera su mano se cerraba en el vacío, mientras el arma, arrancada de la funda, iba a caer al suelo, varios metros más allá.

-¿Cómo me lo iba a decir? -preguntó, *El Coyote,* mientras el banquero, como

atontado, buscaba el revólver.

-Asesinó a mi hijo y... -empezó.

-¿Vio usted cómo lo asesinaba? -preguntó el enmascarado.

-Otro lo vio -jadeó Hammond-. Otro lo vio, y ¡por Dios que he de vengar a mi hijo!

-Bien, ya lo vengará; pero no en Ricardo Yesares. A ver, que alguno de ustedes ayude a ese pobre inocente a levantarse y le desate. Es vergonzoso lo que han intentado hacer con él.

-¡No es inocente! -rugió Hammond.

-¿Quién afirma que es culpable? -preguntó *El Coyote*.

-Rubin le vio asesinar a mi hijo -declaró Hammond.

-Supongo que Rubin es ése que está a la puerta de la agencia de transportes, tratando de aprovechar la menor de mis distracciones para meterme una bala en el cuerpo. ¿No es cierto?

Rubín apretó los puños e irguió el cuerpo; pero su mirada quedó fija en el famoso enmascarado.

-Dígale lo que vio -pidió Bryce-. *El Coyote* es un hombre justo y no impedirá que se cumpla la verdadera justicia.

-Aunque la verdadera justicia no es linchar a un hombre, no me opondré a que ejecutéis esa sentencia con el verdadero culpable -declaró *El Coyote.*

Mientras hablaba había obligado a su caballo a colocarse de espaldas a un grueso árbol que le protegería de cualquier ataque a traición. Al mismo tiempo su mirada parecía escrutar todos los cerebros, quitando, con su terrible firmeza, todo valor a los que estaban ante él.

-Tendré que hacer de juez -siguió-. Y mi sentencia será implacable. ¿Qué ha ocurrido? Hable usted, *sheriff,* a pesar de que tolera estas cosas me parece en el fondo un hombre decente. ¿De qué acusan a ese infeliz?

El *sheriff* de Palmdale hizo un breve pero completo relato de lo que había declarado Rubin y, también, de las palabras de Yesares. *El Coyote* le escuchó como pensativo y, por fin, contestó:

-Veo que sólo existe la declaración de un hombre en contra de la palabra de otro hombre. Queréis ahorcar a Ricardo Yesares fiando en lo que dice el señor Rubin. Eso es una ligereza.

-¡Usted quiere apoyar a este asesino porque es de su propia raza! -gritó Hammond.

El Coyote le contuvo con un ademán.

-No, señor Hammond, no pretendo defenderle porque sea de mi misma raza, sino porque es inocente. -Sonriendo astutamente, agregó-: Si alguna duda me quedaba me la ha disipado el relato del *sheriff* Bryce.

-¿Quiere decir que he mentido? -preguntó Rubin.

El Coyote le dirigió una indiferente mirada.

-Podría decir que involuntariamente se equivocó usted -replicó-. Pero de momento me limitaré a pedir al señor Yesares que repita su declaración. Háganle adelantarse.

Ricardo Yesares, libre ya de sus ligaduras, se colocó ante *El Coyote.* En sus ojos volvía a brillar la esperanza.

-Bien -dijo el enmascarado-. He oído lo que ha dicho el *sheriff* Bryce. Usted también lo ha oído. ¿Se atiene a la verdad en todo cuanto a usted se refiere? Quiero decir si se atiene a la verdad en la repetición de su declaración.

-Sí, ha repetido casi al pie de la letra mis palabras -contestó Yesares.

-Perfectamente. Me alegro de que el *sheriff* sea honrado... Desde luego, su

declaración, en contra de la del señor Rubin, parece tener poca solidez. Por lo tanto, iremos comprobando su veracidad. Explíqueme qué ocurrió después de la muerte del hijo del señor Hammond. Procure atenerse exactamente a los hechos.

Ricardo Yesares tragó saliva y, procurando serenarse, explicó:

-El joven aquel iba a bajar de la diligencia y, de pronto, sonó un disparo que le derribó al suelo. Entonces dos hombres salieron de un lado de la carretera. Llevaban la cara oculta por unos pañuelos. Fueron hacia la diligencia y de un puntapié se aseguró uno de ellos de si el otro bandido estaba muerto. Le oí decir que un bandido menos significaba mayor parte para los demás a la hora del reparto del botín. Luego sacaron de dentro de la diligencia una pesada caja de madera y la dejaron caer al suelo. Uno de los dos bandidos dijo que estaba cerrada y el otro le pegó un puntapié, después de lo cual disparó su revólver contra el candado y lo destrozó. A con...

-Basta por ahora -interrumpió *El Coyote-.* ¿Dónde está el arca que contenía el oro?

-En la diligencia -contestó el *sheriff.*

-Que alguien la saque. Ustedes pueden hacerlo -agregó, dirigiéndose a dos hombres que iban desarmados-. Déjenla en la acera.

Los interpelados se apresuraron a obedecer y en cuanto hubieron dejado el arca en la acera se apartaron para volver al grupo de donde habían salido.

-Ahora me interesa hacerle algunas preguntas, señor Rubín -siguió *El Coyote,* encarándose con el factor de la «Wells y Fargo»-. Supongo que usted negará todo cuanto ha dicho el señor Yesares.

-Claro -replicó Rubín-. ¡Es una solemne mentira! Una descarada falsedad.

-Perfectamente. Cuéntenos lo que hizo usted al poner en fuga a los bandidos.

-Até a ése -y Rubín señaló a Yesares-y luego ayudé a Collier, el conductor. Le vendé la cabeza y después emprendimos la marcha...

-Un momento. No se precipite. ¿Subió usted solo a la diligencia los cadáveres?

-No, me ayudó Collier.

-¿Es verdad eso, Collier?-preguntó *El Coyote.*

-Sí, es verdad -gruñó el conductor-. Primero le ayudé a subir los muertos; luego al pájaro ése -y Collier señaló a Yesares- y, por último, cargamos la caja vacía...

-¿Entre los dos? -preguntó *El Coyote.*

-No, la cargué yo solo.

-¿Usted no la tocó, Rubin?

-No -replicó el factor-. En seguida vi que estaba vacía.

-¿Cómo es posible que viera que estaba vacía?-insistió el enmascarado.

-Vi cómo la vaciaban -replicó Rubin.

-Supongo que la dejaron cerrada, ¿no?

-La cerró el propio Collier -dijo Rubin.

-¿Es cierto?

-Claro que lo es -refunfuñó el conductor-. La caja estaba abierta y vacía como un nido de golondrinas en invierno.

-Eso quiere decir que usted no tocó la caja del oro, ¿verdad, Rubin?

-No, no la toqué.

-¿Era ése el cofre que solía utilizarse para el transporte del oro?

-Sí -contestó Rubin.

-¿Cuántos viajes había hecho? Me parece muy nuevo.

-No sé...

-¿Y usted lo sabe, señor Hammond?

-No necesito contestar -gruñó el banquero.

-No; pero le ruego que lo haga. ¿Cuántas veces se utilizó ese cofre?

Hammond, casi contra su voluntad, acercóse al cofre y lo examinó atentamente.

-Ésta era la primera vez que se utilizaba -dijo, al fin.

-Bien. ¿Y puede decirme dónde lo construyeron?

-En Freeman. De allí lo enviaron a Mojave.

-¿Y de Mojave vino a Palmdale cargado de oro? Bueno, debía venir cargado de oro; pero alguien lo impidió. ¿Qué día se recibió el cofre en Mojave?

-Hace unos cuatro o cinco días -contestó Hammond-. Pagué la factura de su construcción...

-Está bien -interrumpió *El Coyote-.* No necesito más.

Enfrentándose de nuevo con Rubin, preguntó:

-¿Cuándo estuvo usted por última vez en Mojave o en Freeman?

Rubin vaciló un momento y, al fin, contestó:

-Hace casi un mes. Quizá unos veinte días.

-Bien. ¿Cuándo se encargó el cofre, señor Hammond?

-Hace dos semanas.

-¿Seguro?

-Sí.

El Coyote sonrió burlón y, dirigiéndose al *sheriff,* le dijo:

-Está bien claro que el señor Rubín no se ha acercado en todo el tiempo a la caja que contenía el oro. Tenemos la declaración propia, la de Collier y la del señor Hammond. Pero existe un detalle muy raro y que sospecho va a resultar muy acusador. Si examina usted la tapa del cofre verá una profunda raspadura en ella, y allí donde termina encontrará un trozo de rodela de espuela, o sea uno de los dientes... -Y dando mayor énfasis a su voz, *El Coyote* terminó-: ¡El mismo diente que le falta a la espuela derecha de Rubin, el hombre que ¡SÓLO VIO EL ARCA ABIERTA Y VACÍA!

A estas palabras del *Coyote* siguió una imprecación de Rubin, que trató de desenfundar su revólver, a pesar de que *El Coyote* le tenía encañonado. Al mismo tiempo oyóse otro juramento seguido de un disparo, y Hammond, empuñando un humeante revólver que había arrancado de la funda de uno de los hombres que estaban junto a él, avanzó hacia Rubin, que, con la mano izquierda, se apretaba el brazo derecho, destrozado por el disparo del banquero.

-¡Suelte ese revólver, Hammond! -ordenó *El Coyote-.* Si vuelve a disparar se expone a librar de la horca a un canalla que la merece más que nadie.

Hammond se detuvo en seco y volvió la mirada hacia el enmascarado.

-¿La horca? -murmuró-. Sí..., es verdad.

Lanzando un salvaje juramento, Rubin exclamó:

-¡No, no me ahorcaréis!

Quiso recoger el revólver que había caído al suelo, pero seis hombres se lanzaron sobre él y se lo impidieron; luego, dominando sus esfuerzos por soltarse, lo arrastraron hacia el árbol por cuya rama más sólida se había pasado otra cuerda, cuyo lazo se cerró en torno de la garganta del factor, que un minuto después pendía de la horca que había preparado para un inocente. Cuando al fin su cuerpo quedó inmóvil, aunque girando lentamente al extremo de la cuerda, todos vieron la espuela derecha a cuya rodela le faltaba uno de sus dientes, acusadoramente clavado en la recia madera del cofre del oro.

Cuando todo hubo terminado, Hammond fue lentamente hacia Yesares y, tendiéndole la mano, pidió:

-Perdone a un hombre que, cegado por el dolor, ha estado a punto de cometer una injusticia.

-Comprendo que no lo hizo usted por odio particular contra mí -dijo Yesares, a quien se le acababa de devolver su revólver-. ¡Ojalá pudiera solucionarse de igual

modo la tragedia de su hijo!

-Eso no tiene remedio; pero al menos me consuela saber que su matador ha pagado su delito con la vida. También debo darle a usted las gracias, señor -agregó Hammond, dirigiéndose al *Coyote.*

Éste seguía a caballo, con los revólveres enfundados y el rostro impasible.

-Me interesaba salvar a un inocente y vengar un crimen —dijo-. Las dos cosas están logradas... Si quieren recobrar el oro, lo hallarán en una cueva que se encuentra en Paso Gabriel, a unos cien metros de la entrada. El que lo llevó hasta allí ha muerto. Buena suerte a todos... Y usted, *sheriff,* tenga un poco más de energía cuando se trate de defender la vida de un detenido. La ley de Lynch está muy bien con los criminales que no merecen ninguna piedad; pero está muy mal con los que son inocentes o sobre los cuales sólo pesan pruebas circunstanciales. Hasta otro día.

El Coyote picó espuelas, hizo que su caballo girase sobre las patas traseras y partió al galope, sin que nadie en Palmdale hiciera nada por ganar el premio de diez mil dólares que se ofrecía a quien le entregase vivo o muerto.

Ricardo Yesares vio marchar a su salvador y luego miro el cadáver de Rubin. Un escalofrío recorrió su cuerpo e instintivamente se llevó la mano a la garganta.

-Sí; se ha librado usted de milagro -comentó junto a él el *sheriffl-.* Parecía usted terriblemente culpable, Yesares.

-Sí..., reconozco que lo parecía. Y lo peor es que durante todo el tiempo tuve la seguridad de que a ese Rubin lo había visto en otro sitio. Si llego a recordarlo...

-No le habríamos creído –murmuró Bryce-. Rubin era uno de los hombres que gozaban de mejor fama en Palmdale. Nunca se le vio borracho y a nadie se le ocurrió asociarle con los asaltos a la diligencia. Sin embargo, nadie resultaba un sospechoso más lógico que él, pues era el único, aparte del banquero, que podía estar enterado de los envíos de oro. ¿Piensa usted quedarse aquí?

-No -replicó Yesares-; quiero marchar a Los Ángeles. Denme mi caballo y el dinero que llevaba encima.

El *sheriff* entró en la agencia de transporte y regresó con lo que se encontró en poder del californiano. Éste repitió no guardar rencor alguno contra los que habían estado a punto de lincharlo y montándola caballo emprendió el viaje hacia Los Ángeles. Varias veces se palpó el cuerpo y el cuello para asegurarse de que estaba vivo y de que no era su espíritu el que cabalgaba camino de las montañas de Beverly, que hacia el Oeste marcaban el emplazamiento de la pequeña ciudad de Los Ángeles.

Capítulo IV

A las órdenes del *Coyote*

Hacía apenas una hora que Yesares cabalgaba hacia su destino, cuando de pronto, al torcer un recodo de la mala carretera, vio surgir ante él un jinete.

Sólo por un brevísimo instante sintióse el joven alarmado por aquella súbita aparición. Al momento reconoció al jinete, a quien dirigió una agradecida sonrisa.

-Me alegro de encontrarle, señor *Coyote*. ¿A qué casualidad debo...?

-Le estaba esperando, Yesares -replicó *El Coyote-.* Quiero hablar con usted..., a menos que usted se niegue.

-Por favor, no diga eso -pidió el californiano-. Usted es mi dueño. Le debo la vida y reconozco que llegó muy providencialmente a salvarla.

-Es verdad. Le salvé casi de milagro; pero no trato de hacer valer la oportunidad de mi presencia. ¿Quiere desmontar y acompañarme hasta un sitio donde podamos hablar tranquilamente?

Yesares saltó de su caballo y siguió al *Coyote* hasta debajo de un frondoso roble. Allí desmontó también *El Coyote* y, sentándose en una de tas gruesas raíces que sobresalían del suelo, invitó a Yesares a que hiciese lo mismo.

El californiano sentía una gran emoción al hallarse a solas con una figura que era casi legendaria en aquellas tierras. *¡ElCoyote! Un* prestigio infinito rodeaba a aquel hombre, a quien si los yanquis llamaban bandido, en cambio los hijos de California consideraban un héroe supremo que sabía ser implacable con los malos y justiciero con los que se encontraban sin el apoyo de ninguna ley.

-¿Quiere contarme algo de su vida? -pidió, de pronto, *El Coyote.*

Yesares se apresuró a obedecer. Explicó su vida, la ruina de su familia -que no pudo demostrar con documentos la legitimidad de sus derechos sobre las tierras que habían poseído desde los tiempos de la conquista- y que por falta de escrituras se vio despojado de todo, sin que se le reconociese ningún derecho. Él, último varón de los Yesares, había tenido que ganarse el pan trabajando en otros ranchos y, cansado al fin de una existencia tan opuesta a la que debiera haberle correspondido, dirigíase a Los Ángeles para marchar de allí a Méjico.

-En Ciudad de Méjico tengo familia y espero poder rehacer mi vida -terminó-. Aunque por poco me quedo para siempre aquí.

-¿Deserta de su tierra y de sus compatriotas? -preguntó *El Coyote.*

-No es deserción -replicó Ricardo-. Es que no puedo hacer nada más. Eso o convertirme en un mísero peón, renunciando a ser jamás un hombre como mi padre hubiera querido verme. Los yanquis no conceden buenos puestos a los que tenemos sangre española. Prefieren a los empleados de su raza.

-¿Cree que vivirá feliz lejos de California?

-No; sé que añoraré esta tierra hasta que muera; pero no me queda otro remedio.

-¿Y si yo le ofreciese una oportunidad de rehacer aquí su vida?

-¿Habla en serio? -preguntó, anhelante, Yesares.

-Sí. Yo necesito hombres dispuestos a luchar a mis órdenes, que no vacilen en jugarse la piel cuando yo se lo mande, que desprecien la traición y a los traidores, que posean un ideal, que amen la ley y odien la injusticia. Con ellos formare un pequeño ejército que ayude a todos los californianos en su resistencia contra los yanquis que llegaron aquí dispuestos a entrar a saco en nuestras riquezas.

-¿Y quiere que yo sea uno de esos hombres? -preguntó Yesares.

-Sí; pero antes de que me responda quiero que medite bien a lo que se expone.

Yesares levantó la cabeza y su mirada pasó más allá del *Coyote,* clavándose, inconscientemente, en un punto indefinido. De súbita lanzóse sobre *El Coyote* y lo derribó de espaldas, en el preciso momento en que sonaba una detonación.

El Coyote tardó una décima de segundo en comprender los motivos que habían

impulsado al joven a obrar de aquella manera. Su reacción fue instantánea. Mientras Yesares se desplomaba a su lado, *El Coyote* se irguió de un inverosímil salto y desenfundando uno de sus revólveres disparó tres veces contra la nube de humo que se elevaba detrás de unos matorrales, a unos cuarenta metros de distancia.

Oyóse un grito de agonía y los arbustos se agitaron un momento. *El Coyote,* desenfundando el otro revólver, avanzó, sin más precauciones, hacia el punto de donde había partido la agresión. Detrás de los matorrales vio a un hombre caído de bruces sobre un pesado rifle Sharps. Con el pie volvió boca arriba el cuerpo. Los ojos sin luz de Evoy, el compañero de Rubin y Murdoch, se clavaron en el cielo. El rostro del bandido conservaba una expresión de incredulidad y asombro que la muerte instantánea no fue capaz de borrar. Sobre el corazón su oscura camisa mostraba una triple mancha de sangre que se acababa de fundir en una sola. Las tres balas disparadas por *El Coyote* habían llegado fatalmente a su destino y ofrecían una muestra innegable de la maravillosa puntería a la que el enmascarado debía el conservar aún su vida.

Dejando allí el cadáver del asesino, *El Coyote* regresó junto a Ricardo Yesares, que se estaba incorporando y cuya camisa aparecía empapada en sangre. Sin decirle nada, *El Coyote* le abrió la camisa y examinó la herida. Ésta se hallaba localizada en el hombro, casi junto al cuello, y por fortuna, no afectaba a ninguno de los músculos. Con agua y alcohol la lavó y desinfectó, vendándola luego cuidadosamente.

-Por segunda vez se libra hoy de la muerte, Yesares -comentó, al terminar-; Y creo que yo también me he salvado de milagro.

-Vi moverse unas ramas y asomar un rifle -explicó Yesares-. Creí que iban a disparar contra usted; pero quizá trataban de matarme a mí.

-No -sonrió tristemente *El Coyote-.* Por su cabeza aún no dan nada. Por la mía hay ofrecidos diez mil dólares. Creo que el autor del disparo ya había empezado a hacer planes para gastar el dinero.

-¿Quién era? -preguntó Ricardo.

-Un viejo amigo de usted. Fue el que le dejó sin sentido cuando usted dio el alto a los autores del asalto a la diligencia. Debió de seguirle para vengar a sus compañeros y quiso aprovechar mejor la oportunidad que se le presentaba de terminar con dos pájaros de un solo tiro.

-Pues casi lo consiguió -dijo Yesares, muy pálido por la emoción sufrida y también por la pérdida de sangre.

-Ya tiene un ejemplo de los riesgos a que se expone si acepta servir a mis órdenes -dijo *El Coyote,* lavándose las manos manchadas de sangre.

-A pesar de todo, no me importa aceptar -replicó Yesares.

-Tenga en cuenta que ha pagado ya la deuda que tal vez cree tener contraída conmigo. Ha expuesto su vida por salvar la mía.

-Le ruego que me deje ser uno de los suyos -pidió Yesares-. Así mi vida podría tener una finalidad.

El Coyote se sentó de nuevo en la raíz del roble.

-Gracias -dijo-. Le confieso que me alegra su decisión, porque de todos los hombres que he encontrado, ninguno podría serme tan útil como usted. Si necesita hacerse un porvenir y quiere llegar a ser rico, sirviendo a mis órdenes lo conseguirá..., a menos que antes le maten.

-Ya le he dicho que no me asusta el peligro.

-Es que ahora correrá riesgos mucho mayores, Yesares. ¿Sabe por qué me he fijado especialmente en usted?

El joven movió negativamente la cabeza.

-No sé-replicó.

-Porque es usted el hombre que más se parece a mí. Por lo tanto, en muchas ocasiones usted tendrá que ser *El Coyote.* Hasta ahora yo he tropezado para mi actuación con la dificultad de que no podía estar en dos sitios a la vez y, por lo tanto, mi actividad se veía muy restringida. Si en algunas ocasiones hubiera acudido en ayuda de los que me necesitaban, al hacerlo habría descubierto mi personalidad y entonces se hubiera arruinado toda mi obra. Por ello, he tenido que abandonar algunas veces a los que tanto me necesitaban, dejándoles que fueran vencidos. Aquello no fue muy agradable para mí; pero si hubiese tratado de salvarlos me habría perdido yo.

-Usted quiere que yo sea su doble, ¿no es eso?

-Eso es. Últimamente sólo en contadas ocasiones he podido operar. En cambio, ahora, teniéndole a usted y pudiendo, cuando me convenga, hacerle actuar en mi puesto, *El Coyote* conseguirá recobrar la libertad de acción de que antes disfrutaba.

-Acepto ese peligro como un gran honor.

-Gracias. Mi principal campo de acción es, precisamente, la ciudad de Los Ángeles. Allí está mi hogar y de él he permanecido ausente durante muchos años. He regresado hace poco tiempo y todos creen que he vuelto de un largo viaje a España. Mi regreso marcará también la reaparición allí del *Coyote.* Hasta el más tonto advertirá en seguida esa coincidencia; pero si en los momentos en que *El Coyote* actúe en un extremo de la población, se ve a don César de Echagüe en el otro, las sospechas morirán y la reaparición de César de Echagüe y del *Coyote* se tendrán sólo por una casualidad.

-¿Cesar de Echagüe? ¿De los Echagüe cuya divisa es la famosa: «De valor siempre hizo alarde, la casa de los Echagüe»?

-Sí. Yo soy César de Echagüe -replicó *El Coyote,* quitándose el antifaz-. Ya conoce mi identidad y tiene sobre mí un gran poder. Una denuncia le valdría diez mil o más dólares. Con ellos podría comprarse un rancho, abrir un negocio, emprender una nueva vida...

-Hasta que cualquier verdadero californiano me hundiese un puñal en el pecho y me hiciese pagar, como es debido, mi traición. No, don César, no seré yo quien le traicione. También mi familia tiene un lema: el de «Jamás han sido traidores, Yesares de Paso Robles». En Paso Robles, al sur de Monterrey, en la carretera que por Atascadero y Santa Margarita conduce a San Luis Obispo, están las ruinas de nuestra casa solariega. Carlos III nos otorgó esa divisa cuando luchamos contra los rusos que trataban de establecerse en las playas de California. La única fuerza allí organizada era la constituida por los peones de mi abuelo. Los rusos le ofrecieron una gran suma de oro y aumentar sus propiedades. Mi abuelo prefirió luchar.

-Desde el primer momento pensé que era usted uno de los famosos Yesares -replicó *El Coyote-.* Por eso me afirmé en mi decisión de conseguir sus servicios. Cuando lleguemos a Los Ángeles se encontrará usted con que don César de Echagüe goza fama de todo menos de hombre heroico. Le ruego que no trate de desmentir mi cobardía. Es una de mis mejores defensas.

-Pero si le insultan delante de mí...

-Si me insultan, únase a los que lo hagan e insúlteme más que nadie. En Los Ángeles abrirá usted una taberna, o fonda, o parador...

-¿Eh?

-Si. Llegará con dinero más que abundante y elegirá un buen local. Tendrá una cuadra con muchos caballos y tomará a sus órdenes a todos los hombres que lleguen enviados por mí. No les dirá quién es; ni, mucho menos, quién soy yo. Procurará ser un buen posadero y hacerse con la clientela más selecta. Si es posible, tendrá usted diez o veinte o treinta camareros, peones, cocineros y demás servidumbre. Alquilará habitaciones, tendrá una magnífica bodega y, en resumen, su casa será mi cuartel

general, sus criados mis soldados, sus caballos los de mi gente, sus bodegas el escondite donde se refugiarán los perseguidos.

-Ya sé que no es de mi incumbencia nada de lo que usted decida; pero, ¿podría decirme, al menos, con qué fin hace eso?

-En Los Ángeles están ocurriendo sucesos muy graves. Existe una banda perfectamente organizada por alguien que trata de aparecer como amigo de los del país y contrario a los yanquis. Así logra desconcertar a la población indígena y, al propio tiempo, provocar el odio de los norteamericanos. Contra esa banda quiero luchar y quiero exterminarla; pero sospecho que su jefe es un hombre listo y audaz y no será fácil vencerle. Recuerde todo lo que le he dicho. Y ahora separémonos. Yo llegaré antes que usted. Vaya a verme y, delante de testigos, le diré lo que me interesa que sepan todos. Más tarde recibirá mis instrucciones.

-¿Y con qué excusa podré visitarle? -preguntó Yesares.

-Me reclamará una deuda que mi padre contrajo con el suyo. Hace veinte años mi padre necesitó cincuenta mil pesos para comprar unas tierras en Monterrey. Para no tener que regresar a Los Ángeles fue a Paso Robles y pidió el préstamo. Su padre le dio al mío el dinero y, como se trataba de una transacción entre caballeros, su padre no exigió ningún recibo. Mi padre olvidó haber pedido la suma y como poco después ocurrieron graves trastornos en el país, nunca más recordó el préstamo. Su padre comprendió que se trataba de un olvido, y esperó a que mi padre recordara. Mi padre murió y el suyo no pensó ni por un momento en reclamarme la deuda.

-Comprendo -sonrió Yesares-. Estoy seguro de que cumpliré perfectamente mi cometido. ¿Dónde quiere que le aborde?

-En cualquier sitio público, y siempre que me acompañe Julián Martínez, mi mayordomo.

-No lo olvidaré. Hasta la vista, don César.

-Adiós.

El Coyote montó a caballo y alejóse al galope. Yesares quedó bajo el roble y después de quitarse la camisa, que sustituyó por otra limpia, fue al sitio donde yacía Evoy. Aunque no estaba muy seguro de que el bandido lo mereciese, cubrió su cuerpo con piedras y tierra e improvisó una sepultura en las mejores condiciones posibles, para que al menos el cadáver quedara defendido de las bestias salvajes. Una cruz de palos coronó la tumba. Cuando ya empezaba a anochecer, el joven emprendió la marcha. Aquella noche, durmió bajo unos árboles y dos días después, tras un viaje sin prisas, entraba en el pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles.

Capítulo V

La vuelta de don César

La noticia había corrido por la población como la llama por un reguero de pólvora.

-¡Ha vuelto don César!

Todos sabían que en Los Ángeles sólo había un «Don César», o sea el señor de

Echagüe, el hijo del no menos famoso César de Echagüe, y padre del pequeño César, a quien todos querían y a quien ya se veía cabalgar en un caballito blanco y manso como un cordero.

-Ha estado todo este tiempo en España -decían los mejor informados.

-Tiene casa en Madrid -aseguraban otros.

-Y muchas tierras junto al Mediterráneo -añadían los que conocían las intimidades de la gran fortuna de los Echagüe.

-Ha vuelto a abrir su casa en el Rancho de San Antonio.

-Es raro que no se haya vuelto a casar -decían algunas mujeres, especialmente las que eran madres de hijas casaderas, para quienes César hubiera sido un partido inmejorable, tanto por su atractivo físico, como por el atractivo aún mayor de su fortuna.

-Amó demasiado a su esposa -decían las mujeres románticas-. Era muy bonita. -Y como la mujer, por coqueta y linda que ella sea, no tiene inconveniente en alabar a la que ya no puede hacerle sombra, solían todas agregar-: Leonor de Acevedo fue una de las muchachas mal bellas de Los Ángeles.

César no parecía haber mejorado mucho con el paso de los años. Había dejado ya atrás los treinta, y, aparte de una ligera nieve en los aladares, no parecía traer de España otros síntomas de madurez. Durante dos días estuvo encerrado en el rancho, en compañía de Julián Martínez y de Guadalupe; al tercero abrió las puertas de su casa y se declaró dispuesto a recibirá todos sus amigos.

Una verdadera procesión de carruajes llegó hasta el rancho. Toda la aristocracia de Los Ángeles se entretuvo, a falta de ocupación mejor, en visitar al más distinguido de sus miembros.

-¿Cómo está Madrid, César? -preguntó una dama que había abandonado la capital de España cincuenta años antes.

-Sigue siendo la más deliciosa de las capitales europeas -aseguró el hacendado-. Cuando salí de allí andaban a tiros; pero con mucha más elegancia que aquí. Allí, por lo menos, se matan por las ideas.

-¿.Cuándo se terminarán estas revoluciones? -suspiró un anciano que había combatido en Castilla la Vieja a los franceses, en Méjico a los independientes mejicanos, en Tejas a los téjanos, en California a los yanquis y en la recién terminada guerra de Secesión a los yanquis del Norte, y que, a pesar de hallarse separado de España por más de seis mil kilómetros de tierra y océano, se sentía ligado indisolublemente a la madre patria.

-Pronto, pronto -replicaba César, como si no diera maldita la importancia a lo que sucedía en la tierra de donde salieron los descubridores, conquistadores y colonizadores de medio mundo.

Todos cuantos llegaron al rancho encontraron licores excelentes, vinos añejos de Jerez, vinos exquisitos de procedencia también española, aunque menos famosos, aguardientes levantinos o andaluces, anisados para las señoras y, además, toda clase de manjares típicos del norte, sur, este y oeste de la Península. Todo en grandes bandejas, a disposición de quien quisiera comerlo.

Por su parte, los hombres encontraban, además, grandes cajas de cigarros habanos, de humo blando y aromático, que resbalaba por el paladar y la nariz como una caricia. ¡Tan distintos de aquellos apestosos cigarros que vendían en el pueblo y que parecían hechos con alquitrán y hojas de parra!

Pronto por todos los rincones de la casa se vieron grupos de fumadores que, hundidos en los cómodos sillones, enrarecían el aire con el azulado humo de los vegueros, a la vez que bebían copa tras copa de ese vinillo andaluz y rubio que parece inofensivo, que se desliza por el paladar sin irritarlo y que, de pronto, tumba al más

fuerte. Se hablaba de todo y poco a poco todos se iban olvidando de que ya no estaban cobijados por la bandera roja y oro de España ni por la verde, blanca y roja de Méjico, sino por las barras y las estrellas de la Unión norteamericana. Sentíanse como miembros de una gran familia y en las amplias salas del rancho, decoradas con muebles coloniales o de renacimiento español, el aire estaba cargado de confraternidad espiritual.

Al anochecer se fueron marchando los invitados, repletos de comida, vino y humo, y sus agradecidos estómagos les hacían emitir consideraciones muy favorables a don César.

Además del elemento californiano, habían acudido muchos norteamericanos, que no podían dejar de apetecer la amistad del cuñado de Edmonds Greene, senador y antiguo gobernador del territorio de Nuevo Méjico.

Cuando algunos oficiales de la guarnición y altos miembros de la representación del Gobierno en California estaban celebrando el descubrimiento de los vinos que habían dado fama a España, Julián Martínez, el mayordomo cargado de años y de importancia, vestido a la moda de principios de siglo, o sea con el traje típico de California, avanzó hacia César, que estaba en un cómodo sillón, cambiando impresiones con los norteamericanos, y, tras un cortés carraspeo, anunció:

-Don Ricardo Yesares solicita hablar con usted.

-¿Yesares? -César frunció el entrecejo-. El nombre me parece familiar. ¿De qué le conozco?

Julián Martínez, debidamente aleccionado, replicó pausadamente.

-Se trata del hijo de un viejo amigo de su padre, don César. Los Yesares de Paso Robles.

-Sí..., creo que recuerdo algo. Una divisa heroica: «Jamás han sido cobardes...» No, no es eso. «Jamás han sido traidores, Yesares de Paso Robles.» Sí, eso es. Una hermosa divisa, ¿verdad, señores?

Los norteamericanos asintieron y César prosiguió:

-A los hombres y a las naciones se les pueden perdonar muchas cosas; pero jamás se perdona la traición. Los Yesares de Paso Robles fueron una de nuestras más honradas familias. Yo no los conocí en sus buenos tiempos; pero la fama persiste. Julián, dile al señor que entre.

Ricardo Yesares, vestido con sencilla elegancia, entró en la sala. César se levantó para recibirle y le tendió la mano, mientras los demás saludaban con una profunda inclinación de cabeza al recién llegado. Ricardo Yesares correspondió al saludo con otro igual y sentóse en el sillón que Julián acercó. Humedeció los labios en una copa de jerez y pareció bastante azorado.

-Ignoraba que viviera usted en Los Ángeles, don Ricardo -dijo el dueño de la casa-. Hacía años que no nos habíamos visto.

-Nunca nos vimos, don César -replicó, siempre cortés, Yesares.

-Sin embargo..., yo creo que de niño vi a un Ricardo Yesares. ¿Tal vez su padre?

-Tal vez, don César. En realidad he venido a molestarle por un asunto delicado y del que le creo ignorante.

-¿De qué se trata?, -preguntó César, haciendo como si ahogara un bostezo.

-De un asunto algo... enojoso, don César, y sin querer pecar de grosero, me atrevería a decir que sería mejor que lo tratásemos en privado.

-No, no -se apresuró a decir César de Echagüe, conteniendo con un ademán a los que hacían intención de levantarse-. Por favor, no se marchen, señores. Don Ricardo, ¿se trata de algo que atañe a mi honor?

-Eso no, señor. Es cuestión de dinero, y le aseguro que si mi situación no fuese muy crítica no habría venido a molestarle por tal insignificancia.

-Hable sin miedo. Estos caballeros son amigos míos y de mi cuñado y podemos contar con su discreción. De todas formas, si usted prefiere que hablemos a solas...

-No..., tal vez no sea necesario. Vengo de bastante lejos y pensaba establecerme en Los Ángeles. Por el camino fui asaltado por unos bandoleros que me despojaron de todo cuanto llevaba encima. Quiero decir de todo mi dinero. En vez de llegar a Los Ángeles con una regular cantidad, me he encontrado sin un centavo.

-Un Yesares de Paso Robles tiene a su disposición toda mi fortuna, don Ricardo. ¡Julián! El señor Yesares te pedirá...

-No, no es eso, don César -interrumpió, aún más cortés, Yesares-. Se trata de otra cosa. Si no hubiera sido por el robo de que he resultado víctima no la sacaría a relucir, pero tampoco quisiera iniciar mi negocio con una deuda que luego me abrumaría. Lo que quisiera decirle es que hace unos veinte años mi padre, don Ricardo Yesares, prestó al de usted cincuenta mil pesos para la adquisición de unas tierras o ganados. Los acontecimientos de aquella agitada época hicieron, sin duda, que su señor padre olvidara el préstamo y como se trataba de una suma insignificante, mi padre nunca quiso recordar la deuda. Pasó el tiempo y nuestra casa se hundió. No quiero recordar delante de estos caballeros cuáles fueron las causas de nuestra ruina; pero, sin duda, usted las conoce.

-Sí, sí, creo recordarlas -sonrió César-. Continúe, don Ricardo.

Yesares carraspeó, bebió otro sorbo de vino y prosiguió:

-Entonces mi padre, por un orgullo que usted comprenderá fácilmente, no quiso venir a reclamar una deuda tan pequeña, y se negó a que yo viniera en su nombre, a pesar de que todos le decían que don César debía de haber olvidado involuntariamente aquel asunto. Yo trabajé y gané bastante y pensé establecerme como posadero en Los Ángeles. Vine hacia aquí y tuve la desgracia de ser despojado de todo. Por ello, viendo hundidas mis esperanzas y mis proyectos, pensé en acudir a usted por si entre los documentos de su padre había encontrado alguno que hiciera referencia a esa pequeña deuda...

César carraspeó y, tras una breve vacilación, declaró:

-Don Ricardo, no necesito documentos para creer en su palabra. Mi mayor-domo le entregará la suma...

En aquel momento, Julián Martínez, que había escuchado la conversación, carraspeó con violencia y cuando hubo atraído hacia él la mirada de César, pidió:

-¿Me permite el señor unas palabras?

-Di, Julián.

-Debo confesar un lamentable olvido, del que suplico a usted y a don Ricardo me perdonen.

-¿De qué se trata?

-Hace muchos años, creo que, poco más o menos, los que ha citado don Ricardo, su señor padre me encargó que le recordase que debía devolver a don Ricardo Yesares la suma de cincuenta mil pesos. Yo anoté el encargo en una libreta; pero perdí la libreta y hasta hace unos años no volví a encontrarla. Entonces, al repasar sus páginas, encontré la anotación; pero su padre ya estaba muerto y usted se hallaba en España. No sabía e paradero del hijo de don Ricardo y no me atreví a aumentar las preocupación» de usted con una noticia tan vieja.

-Mal hecho, Julián -reprendió severamente don César-. Me duele mucho que haya tenido que ocurrir esto. -Volvióse hacia su visitante y agregó-: No sé cómo suplicarle que me perdone...

-¡Por favor, don César! -exclamó Yesares-. Sus palabras me llenan de vergüenza. Yo soy quien debe pedirle perdón por haber venido a molestarle por semejante bagatela. Le juro que sólo m repetida desgracia me ha dado fuerzas para este paso. No

quiero molestarle más.

-No, no se marche, Julián, trae el dinero y calcula los intereses que habría devengado en todo el tiempo que hemos estado empleando una suma que no era nuestra. Entrégaselo todo a don Ricardo...

Yesares se puso en pie y adoptó una expresión de orgullo lastimado.

-Don César, acaba usted de humillarme terriblemente. Yo no he venido a actuar como un usurero...

César de Echagüe se puso en pie e, inclinando la cabeza, declaró:

-Tiene usted razón, don Ricardo. No sé cómo pedirle que me perdone por mi inconcebible falta de tacto. Ningún Yesares es usurero, y a usted no se le habrá ocurrido nunca comerciar con un préstamo entre caballeros. Le entregaré los cincuenta mil pesos que su padre prestó al mío, y como pequeña muestra de que me perdona, le suplico que acepte la casa que tengo en la plaza. Es un edificio antiguo, amplio y sólido, que seguramente le servirá perfectamente para establecer su comercio, sea cual fuere. Le aseguro que en los tiempos en que nuestros padres eran amigos, el valor del edificio era de unos mil pesos.

-Muchas gracias, don César. Aceptaré el edificio siempre que usted me perdone mi exaltado orgullo.

-Olvidemos el incidente y brindemos por una amistad que estoy seguro se prolongará muchos años. Ustedes, señores, nos acompañarán como testigos de nuestra reconciliación.

Todos los presentes levantaron sus copas y se brindó por la reanudada amistad. Luego, César preguntó:

-¿Puede decirme, don Ricardo, a qué piensa dedicarse?

-Desde luego, aunque tal vez no le parezcan mis proyectos los más propios de un caballero... Pienso abrir en Los Ángeles un local destinado a la preparación de comidas. Una especie de posada o parador, donde se alquilarán habitaciones y se servirán bebidas, comidas y refrigerios. En suma: un hotel como los mejores de Méjico.

-Me parece una buena idea -asintió César-. Nosotros, los californianos, hemos pecado siempre de poco prácticos. Me parece muy bien que uno de nosotros desmienta la fama de que disfrutarnos. Le anticipo que entre sus mejores clientes me contaré yo.

Todos los presentes prometieron acudir a disfrutar de las maravillas culinarias del nuevo mesón y brindaron por su éxito. En aquel momento se oyó una voz infantil en el vestíbulo. Julián, volviéndose hacia don César, anunció:

-Creo que acaba de llegar su hijo.

-Hazle pasar, Julián -dijo César-. Así le conocerá don Ricardo.

Mientras Julián marchaba a cumplir el encargo de su amo, César declaró, dirigiéndose a los otros:

-Tal vez me ciegue el amor paternal; pero casi estoy por asegurar que en el mundo no existe chiquillo más listo que mi hijo.

Todos sonrieron. Y los que eran felices padres de otros chiquillos, pensaron que el muchacho más listo del mundo no era precisamente el pequeño César, sino el suyo propio.

Capítulo VI

Serena Morales

El pequeño César de Echagüe era, a los ocho años de edad, un chiquillo lleno de vida y de encanto. En masculino era el vivo retrato de su madre, y a sus perfecciones físicas agregaba una simpatía arrebatadora. En cuanto entró en la sala corrió a los brazos de su padre, que lo levantó en alto y lo besó amorosamente; luego, dejándolo de nuevo en tierra, le dijo:

-Saluda a estos caballeros.

-Buenas noches, caballeros -saludó, muy serio, el niño-. Tengo un gran placer en verles aquí. ¿Han pasado una tarde agradable?

Todos le aseguraron, sonriendo, que la tarde había sido agradabilísima. El niño les dio las gracias y, mirando a Yesares, preguntó:

-Oye, papá, ¿quién es este señor? No le conozco.

-Es un viejo amigo nuestro. Su papá y tu abuelito eran íntimos amigos.

El pequeño César tendió la mano a Ricardo y aseguró:

-Los amigos de mi familia son mis amigos. Si alguna vez puedo ayudarle en algo...

-No vacilaré en acudir a ti -rió Ricardo-. Por cierto que unos terribles bandidos me asaltaron y robaron. Quizá tú puedas detenerlos.

-¡Ya lo creo! -aseguró el chiquillo-, Tengo un revólver de seis tiros y dispare muy bien con él... ¿Dónde están?

-Muy lejos -replicó Ricardo-. Cuando vaya a matarlos te avisaré.

-No deje de hacerlo -dijo, con delicioso desparpajo, el chiquillo-. Si se va usted solo me disgustaré mucho.

-¿De dónde vienes, pequeño? -preguntó César a su hijo-. Hoy, al preguntar por ti, me han dicho que estabas de paseo. ¿Con quién has salido?

-Tenía que salir con tita Lupe; pero me dijo que por tu culpa no podría acompañarme.

-¿Por mi culpa? -preguntó, extrañado, César-. ¿Y qué he hecho yo para que Lupita no te acompañara?

-Tener invitados -replicó el niño-. Lupe ha tenido que trabajar mucho y no ha podido salir conmigo.

-¿De veras, Julián? -preguntó el hacendado.

-Sí, don César, pero la culpa no fue de usted. Ya sabe que mi hija no se fía nunca de las sirvientas, y siempre teme que algo salga mal. Ha querido revisarlo todo a fin de que no fallase nada.

-Y lo ha conseguido -afirmó César-. Nunca creí que la recepción se pudiera celebrar tan perfectamente. Tienes una hija que vale un tesoro. No comprendo como no te la han robado ya. ¿Es que en Los Ángeles no hay hombres con sentido común?

Guadalupe Martínez, que había entrado en el salón a tiempo de oír las palabras de su amo, vaciló un momento y la sangre se agolpó en sus mejillas. En seguida se dominó. Preguntándose cómo era posible que un hombre fuese tan ciego que no comprendiera por qué no podía ella aceptar a ninguno de los muchos que acudían atraídos por su belleza, acercóse al grupo y declaró, con la máscara de una sonrisa.

-Se me ha contagiado el orgullo de esta casa, don César. Muchas gracias por sus inmerecidos elogios a mi pobre actuación.

-Guadalupe, eres demasiado modesta. Sin ti, esta casa iría de cabeza, aunque tu padre opine lo contrario.

Inclinándose hacia su hijo, César agregó-

-Aún no me has dicho quién te ha acompañado en tu paseo.

-Serena, papá. Me enseña a portarme como un caballero. Dice que no debo hurgarme las narices ni limpiarme las orejas con el pañuelo...

-No sé quien es esa Serena; pero lo que dice está muy bien dicho... ¿Qué más te enseña?

-A montar bien a caballo -explicó Guadalupe-. Papá le enseña a montar como un vaquero; pero Serena dice que el heredero de los Echagüe debe montar como un caballero y no como un peón.

-Veo que esa Serena es una maravilla; pero ¿quién es? ¿No tiene apellidos?

-Sí -respondió Julián-. Es Serena Morales.

-¡Ah! ¿Los del rancho Morales?

César advirtió en aquel momento que los que estaban a su alrededor cambiaban nerviosas miradas. Un instante después, con distintos pretextos, todos se marcharon. Sólo Ricardo Yesares quedó junto a César, Julián y Guadalupe.

-¿Qué les ha ocurrido? -preguntó César-. ¿Por qué se van tan deprisa?

Guadalupe fue a decir algo, pero se contuvo, aunque no antes de que César advirtiera su vacilación.

-¿Qué ibas a decir, Lupita? -preguntó-. ¿Es que sucede algo malo?

-La gente ha sido muy mala con Serena -dijo el pequeño César-; pero ella no tiene la culpa de nada, ¿verdad, Lupe?

-No, hijito; ella no tiene ninguna culpa.

-¿Se puede saber de una vez qué le sucede a esa Serena? -insistió César.

-Ella deseaba hablar con usted, don César -dijo Guadalupe-. Sin embargo, no se atreve a entrar.

-Julián, dile que yo lo mando -dijo César-. Quiero saber qué misterio se esconde detrás de todo esto.

Julián marchó a cumplir el encargo de su amo, y como entre tanto se habían retirado ya todos los invitados, el salón estaba casi vacío.

El pequeño César corrió con Julián y regresó tirando de la mano de una muchacha de unos veintidós años, vestida con sencillez, pero también con distinción. César la examinó mientras avanzaba hacia él y se dijo que Serena Morales había confirmado, al hacerse mujer, los pronósticos que respecto a su futura belleza hacían todos cuantos la conocieron de niña. De estatura mediana, perfectamente proporcionada, tenía el cabello negrísimo, como lo tuvieron todos sus parientes por parte paterna. En cambio, los ojos eran de un azul celeste, herencia de su madre, hija de un capitán noruego, que había embarrancado con su barco y su vida frente a Punta Fermín. Su belleza era una mezcla de serenidad y apasionamiento, combinación perfecta de las dos sangres que corrían por sus venas.

-Buenas noches, don César -saludó tímidamente.

César le besó la mano y pidió que se sentara cerca de él.

-Creo que todos nos conocemos -dijo luego. Y recordando a Yesares, rectificó-. Todos, no. Serena, te presento a don Ricardo Yesares. Señor Yesares, le presento a Serena Morales. De niña era la más linda de California. Y de mayor conserva todo cuanto le dio fama de niña.

Serena agradeció con una triste sonrisa las palabras de César y dejóse caer luego en uno de los sillones que habían quedado vacantes. Julián se retiró, pero Guadalupe quedó junto a Serena, sentándose a su lado y tomando una de sus manos, como si quisiera animarla.

-¿Qué ocurre, Serena? -preguntó César-. Veo que a tus ojos les falta aquella risa que tenían cuando eras una chiquilla y me buscabas para que jugase contigo.

La joven vaciló unos segundos, y por último, con el dolor reflejado en los claros espejos de sus pupilas, contestó sencillamente.

-Papá está en la cárcel.

César de Echagüe no acusó ninguna emoción. Inclinándose hacia Serena, le pidió:

-Cuéntame lo ocurrido. Tu padre estaba considerado por todos como un hombre decente.

Capítulo VII

La visita del *Coyote*

Al oír las palabras de César de Echagüe, Serena irguió la cabeza.

-Siempre lo ha sido, don César; pero alguien le engañó, le hizo creer que podía cometer una falsificación sin correr riesgo alguno y...

-Empieza por el principio -pidió César-. Cuéntame todo lo ocurrido.

Serena inclinó la cabeza, y con voz lenta empezó:

-Cuando se revisaron los títulos de propiedad de las fincas californianas, mi padre obtuvo una sentencia suspendida en espera de que consiguiese los documentos que debían probar su legítimo derecho al rancho. El señor Greene intervino en su favor y prometió realizar en La Habana o en Sevilla las gestiones necesarias para lograr los títulos de propiedad otorgados por el rey Carlos III a nuestra familia. Antes de marcharse de Los Ángeles, el señor Greene aseguró a mi padre que ya no se volvería a remover el asunto de las propiedades.

-¿Y no le envió los títulos de propiedad? -preguntó César.

-No, don César. Sin duda no lo creyó necesario.

-Continúa. ¿Qué más ocurrió?

-Pasaron unos años y alguien advirtió a mi padre que se estaba a punto de desenterrar lo de las propiedades y que se revisarían las causas pendientes de sentencia definitiva.

-¿Quién se lo dijo?

-No sé. No me lo ha querido decir. Aquella noche fueron unos hombres al rancho y estuvieron hablando varias horas con mi padre. No quiso decirme de qué se había tratado en la reunión; pero unos días después me dijo, muy contento, que todo estaba solucionado y que ya nadie nos podría quitar el rancho.

-¿Cómo fue eso?

-Demasiado pronto lo supe. Una semana más tarde, la policía detuvo a mi padre y se incautó del rancho. Entonces supe, por la acusación y por lo que me confesó mi padre, que lo de la revisión de sentencias era falso, y que a él le habían asustado con aquella amenaza, instándole a que se valiera de cierto falsificador muy diestro para extender en pergamino antiguo y con todas las apariencias de realidad, un documento de donación de bienes. Le dijeron que con aquel documento nadie podría discutirle el derecho a sus tierras, pues para todo el mundo parecería un documento legal. Mi padre pagó dos mil dólares por aquel documento y lo presentó en el Registro de Propiedades

para confirmar sus derechos. Allí lo aceptaron, pero al inscribirlo se dieron cuenta de que la cesión no sólo incluía las tierras del rancho Morales, sino una buena parte de las lindantes a ambos lados. Si se hubiese tratado sólo de confirmar los derechos que ya nadie le discutía a mi padre, todo habría ido bien; pero al hacer la inscripción se dieron cuenta de que a mi padre le correspondían unas tierras cuya legal pertenencia a nuestros vecinos jamás se había discutido. Alarmados, los del registro examinaron más atentamente el documento, y al fin, se dieron cuenta de que estaba falsificado. Entonces se dictó contra mi padre orden de detención, acusándole de haber pretendido apoderarse de unas tierras que no eran suyas. Todas las pruebas estaban contra él. No se ha podido hacer de ninguna manera nada en su favor. Dicen que la ley habla muy claro sobre esos puntos.

-¿No has acudido a ningún abogado? -preguntó César.

-Sí. Charles Turner.

-No le conozco.

-Llegó hace poco. Es un hombre muy inteligente; pero no confía mucho en poder salvar a mi padre. Lo mismo dice el señor Shepard.

-¿Howell Shepard? -preguntó César.

-Sí. El notario. Es muy amigo de papá; pero opina que se ha metido en un lío muy grave.

-Lo mismo creo yo -declaró César, disimulando un bostezo-. Hay leyes que no se pueden infringir. Tu padre hizo muy mal y no sé si podremos ayudarle.-

Serena se puso en pie, muy pálida.

-¿Qué insinúa usted, don César?

-No he insinuado nada.

-Lo leo en sus ojos. ¿Cree que mi padre hizo extender el documento para apoderarse de unas tierras que no eran suyas?

-No digo que crea eso; pero sería una cosa muy lógica el creerlo, ¿no?

-Veo que no puedo esperar nada de usted, don César -dijo Serena, altivamente.

-Serena -replicó César-. Te prometo que haré lo posible por ayudar a tu padre a salir del mal paso en que está metido; pero antes me gustaría saber si se metió inocentemente o si lo hizo pensando en ganar más de lo que le correspondía. El hecho real es que cometió una falsificación y que, por tanto, merece parte de lo que le está sucediendo.

-Comprendo que no debí haber venido a molestarle, don César.

César se puso en pie y declaró:

-Eso, no, pequeña; has hecho bien. Escribiré a mi cuñado y algo hará por ti.

-¿Y por mi padre? -inquirió Serena,! levantándose.

-A tu padre, Serena, le irá muy bien pasar una temporada en la cárcel. Así aprenderá a no faltar estúpidamente a la ley.

Dirigiéndose cariñosamente a su hijo, César agregó:

-Vamos, pequeño. Esta noche celebramos una fiesta en honor de nuestros; amigos y tenemos que prepararnos. ¡

El pequeño César miró fijamente a su, padre y preguntó:

-¿Por qué le has dicho tantas cosas feas a Serena?

-Porque lo peor que puede ser un hombre es tonto. Recuérdalo bien. No importa que sea un poco canalla si se sabe serlo con listeza; pero cuando se es canalla torpe, entonces el peso de la ley sobre él es poco para castigarle como se merece.

Serena, pálida y temblorosa, tuyo que volver a sentarse. Junto a ella, Ricardo! Yesares trató de consolarla.

-Quizá don César pueda hacer algo -dijo.

-¡Don César! -Los ojos de Serena centellearon-. ¡No quiero saber nada más de él!

Es el mayor canalla que he conocido.

-Debo decir que los he visto peores que él, señorita. Sin embargo, admito que en su caso no ha sido muy piadoso. Tengo confianza en Dios.

-Sólo en él confío ya -murmuró Serena.

Y saludando con un movimiento de cabeza a Yesares, salió del salón. Un momento después lo hacía de la casa.

* * *

Ricardo Yesares quedó sin saber qué hacer ni qué decir ni qué partido tomar. Le habían dejado solo en aquella estancia y estaba ya pensando en hacer sonar la campanilla de plata de encima de una de las mesitas, cuando César de Echagüe entró de nuevo en el salón. Su aspecto había variado por completo, desapareciendo todo rastro de languidez e indiferencia.

-¡Pronto! -dijo, dirigiéndose a Yesares-. Tenemos que entrar en acción. Quiero averiguar la verdad de ese misterio. Acompáñeme.

Arrastró a Yesares hasta un extremo de la sala y tanteó la pared hasta encontrar un oculto resorte, que apretó fuertemente. Todo un lienzo del muro giró hacia dentro, dejando al descubierto la amplia abertura de una puerta secreta. La luz de las velas que ardían en los candelabros iluminaba los primeros escalones de una escalera que se hundía en un oscuro pasadizo. Tomando un pequeño candelabro de plata, César hizo pasar ante él a Yesares, siguiéndole en seguida, mientras la puerta secreta volvía a cerrarse.

* * *

-¿Hay esperanzas? -preguntó Serena.

El abogado se encogió de hombros, y al hacerlo pareció realizar un agotador esfuerzo.

-El asunto es muy feo, señorita Morales -dijo en mal español-. Su padre ha cometido un delito muy grave. Cuando se hicieron las revisiones de los títulos de propiedad de las fincas, hubo muchos que dijeron ser dueños de más tierra de la que les correspondía. Entonces aquello estaba algo justificado; pero luego se reorganizó la justicia, se corrigieran defectos y todos quedaron satisfechos. Que ahora, al cabo de tantos años, se falsifique un documento y se pretenda obtener mayores bienes, es tan inconcebible, que la justicia ha de ser forzosamente severa. Los jueces están predispuestos en contra de su padre y creo que nos costará mucho ganarlos para nuestra causa. Haría falta mucho dinero.

-Yo apenas tengo -murmuró Serena-. Se ha decretado la incautación de nuestros bienes.

-Ya lo sé, señorita -dijo Turner, con indiferente lentitud-. Y no crea que digo esto para recordarle ningún detalle molesto para usted... No tengo ninguna prisa y, además, el señor Shepard me la recomendó, encargándome que la atendiera en todo. Debo muchos favores al señor Shepard. ¿No ha pensado en dirigirse a él en demanda de mayor auxilio?

-Sí, pero antes quise probar otra solución. Iré a verle mañana.

-Esta noche me parece la más indicada. Esta tarde hablé con él y cambiamos algunas impresiones. Conoce todo lo que ocurre y quizá pueda aconsejarla.

-Gracias, señor Turner -dijo Serena, levantándose.

El abogado se incorporó levemente y saludó con una inclinación de cabeza; luego, tornó a sentarse y estuvo jugueteando con una regla de ébano. Al cabo de un

rato volvió a dejarla sobre la mesa y, alcanzando un libro de leyes, lo abrió por la página ya señalada y comenzó a leer.

Se había olvidado por completo de Serena Morales y de sus problemas.

* * *

-Buenas noches, señorita Morales; buenas noches. Entre usted, por favor. No esperaba su visita.

Serena Morales entró en la casa, y Howell Shepard cerró suavemente la puerta. Frotándose las manos en un movimiento maquinal, se ajustó luego la levita y preguntó a la joven:

-¿Viene usted en visita de amiga o... simplemente a consultar a un viejo notario?

Howell Shepard exageraba al calificarse de viejo. A los cuarenta y ocho años recién cumplidos, Howell era un hombre aún bien conservado, que sabía vestir con elegancia y cuyos modales podían calificarse de exquisitos. Había llegado a Los Ángeles el año 49, a la zaga de los buscadores de oro, presintiendo que pronto habría trabajo de sobra para un notario, y no se equivocó. Pleitear fue para él una especie de pasatiempo en el que todos intervenían para ganar y en el que, como decía Shepard, todos, menos él, perdían.

-Vengo a las dos cosas, señor Howell -replicó la joven.

-Entonces nada mejor que sentarse y hablar como viejos amigos. Ya sabe, señorita Morales, que le profeso una gran amistad, una amistad sincera, como (y no lo digo por vanagloriarme) existen muy pocas en el mundo.

-Ya lo sé, señor Shepard -murmuró Serena-. En estos momentos de terrible soledad, sólo su mano me ha sido ofrecida en ayuda.

-Mi mano y mi corazón, señorita Morales -replicó Shepard, por cuyos ojos pasó una fugaz, pero intensísima llamarada.

Serena, cuya vista estaba fija en la estera que cubría el suelo de adobes, no advirtió la pasión de la mirada de Shepard. Con acento cansado explicó:

-He visitado al señor Echagüe.

Una viva contrariedad pintóse en el rostro de Shepard.

-No debía haberlo hecho... -empezó.

-Tiene usted razón -replicó Serena-, No debí haberlo hecho. Pero el señor Echagüe fue compañero de juegos infantiles; entre su familia y la mía mediaba una gran amistad. Lógicamente hubiese tenido que ayudarme.

Shepard palmeó suavemente la mana de Serena.

-En la vida, señorita Morales, no ocurre nunca lo que nosotros consideramos lógico, sino lo que es realmente lógico -declaró-. Ya sé que, al hablar como voy a hacerlo, critico también a mis compatriotas; pero lo cierto es que si algún californiano ha conservado sus tierras y su hacienda, lo ha debido a que fue lo bastante listo para sortear hábilmente los obstáculos que los norteamericanos le pusieron. Aquellos que sólo se dejaron llevar del corazón y de su confianza en la pureza humana, perdieron dinero y perdieron hacienda, y, además, perdieron la confianza en la justicia. Y sin querer ofenderle, debo decir que el señor Echagüe supo sortear muy bien todos los obstáculos. La sentencia que recayó sobre su rancho y el de su esposa, no fue sólo de reconocimiento de su legal pertenencia, sino que, además, reparó ciertas antiguas ilegalidades, y sus tierras se vieron aumentadas en una proporción bastante grande.

-Nunca podré comprender el comportamiento de César -insistió Serena-. Se ha mostrado tan frío... Sólo prometió pedir a su cuñado que se interesase por nosotros.

-Que es no prometer nada, porque una carta a Washington tarda, entre ir y volver, un mes al menos. Los jinetes del correo son veloces; pero no tanto como sería

conveniente.

-Ya lo sé, señor Shepard; pero usted es hombre de mucha influencia. ¿No podría conseguir que mi padre fuese puesto en libertad?

-Es muy difícil lograr lo que usted pide. Se podría tratar de obtener la libertad condicional; pero sólo alargaríamos la situación; y lo que interesa es resolverla definitivamente. ¿Se le ocurre alguna solución, señorita Morales?

Serena negó con la cabeza.

-No -dijo.

Shepard tableteó sobre la mesa y de pronto dijo:

-Resumamos la situación de su padre. Está acusado de un delito, probado, de falsificación. Ese delito se complica con el hecho de que la falsificación tendía a conseguir un beneficio ilegal: o sea, a la demostración de que las tierras del rancho Morales eran legalmente el doble de las reconocidas hasta ahora. Aunque de momento su padre no hubiese reclamado nada, o sea, que al presentar el documento español no hiciese reclamación de las tierras que en él se demostraban suyas, nadie puede asegurar que no pensara hacerlo en plazo más o menos breve. Por tanto, la acusación contra él se basa en un hecho cierto. La justicia en Los Ángeles se ha consolidado bastante, y ahora ya no se permiten cosas que antes se toleraban sin descaro; pero la confirmación de una justicia más recta exige una mayor severidad contra los delincuentes. Los jueces quieren ser severos, y aunque tai vez se dejaran comprar...

-El señor Turner habló de eso -dijo Serena.

Howell Shepard negó con la cabeza,

-No; no se conseguiría nada. Un soborno sólo es eficaz cuando puede ser muy grande. En este caso no podría ser superior al valor del rancho, y aun así no valdría la pena hacerlo. Yo he intercedido cerca de los jueces; pero insisten en que no merece la pena el asunto.

-¿Que no merece la pena? -preguntó, asombrada, Serena.

-Sí. Tal vez usted no lo comprenda: la explicación es muy clara. Para ellos, su padre es un hombre sin importancia, a quien pueden hundir sin que suceda nada grave. Pueden ser implacables y continuar viviendo tranquilos.

-Pero... si usted intercede y demuestra que se interesa por él...

-En nuestra vida, Serena, nosotros intercedemos muchas veces por nuestros amigos y por nuestros clientes. Los jueces están acostumbrados a eso, porque también ellos han pasado por lo mismo. Saben que en infinidad de ocasiones sólo queremos que se nos responda negativamente y se nos permita, así, presentar a los que han acudido a nosotros una firme respuesta negativa.

-No entiendo...

-Sí; es muy sencillo. Suponga usted que su padre fuese mi hermano. Yo acudiría a los jueces, y ellos comprenderían la importancia que para el notario Shepard tiene la libertad de su hermano. Al momento buscarían una justificación legal cualquiera y lo sacarían de la cárcel, seguros de que yo, llegado el momento oportuno, sabría corresponder a su favor con otro, ya que ese favor me sería muy fácil de conseguir.

-Más fácil había de ser el conseguir un favor de poca importancia -replicó Serena.

Shepard movió negativamente la cabeza.

-No lo crea -dijo-. Yo me presento ahora a los jueces encargados del caso de su padre y les digo: «Me interesa mucho que suelten a ese hombre. Es un buen amigo mío y deseo ayudarle.» Ellos piensan en seguida que la amistad entre el señor Morales y yo no ha sido nunca extraordinaria ni superior a la que tenga a otros cientos de personas. Piensan también que los familiares del señor Morales habrán acudido a mí pidiéndome que interceda por el detenido. Yo me habré visto obligado, para no enemistarme con

mis clientes, a prometer mi intercesión, aun sin importarme maldita la cosa lo que piensen hacer con el señor Morales. Para que no se pueda decir que no me he interesado por el detenido, voy a hablar con los jueces y les pido que lo dejen en libertad, de la misma forma que me he interesado cientos de veces por otros detenidos a los que no profesaba ningún afecto especial. Los jueces piensan: «Cumple un simple trámite y le tiene sin cuidado que a Morales lo tengamos en la cárcel o lo ahorquemos.» Por tanto, mueven negativamente la cabeza y aseguran que no pueden hacer nada. Y como ya han dicho eso, y me han dado la respuesta para los parientes, y, además, creen haberme dado la excusa que yo necesito para no interceder más, se encierran en su negativa y por más que yo haga no consigo arrancarles la sentencia que nos conviene.

-No es posible que eso sea verdad.

-Lo es, Serena -aseguró Shepard-. Si en nuestra profesión nos concediéramos todos los favores que nos solicitamos, sería imposible nuestra actuación profesional.

-Entonces, ¿qué podemos hacer?

-Sencillamente, llegar al juicio, y esperar que la sentencia nos sea favorable.

-¿Lo será?

Shepard se encogió levemente de hombros.

-No sé -contestó-. En realidad no tengo ninguna esperanza de que lo sea.

-¿Y no hay otra solución posible?

Howell Shepard vaciló un momento. Serena comprendió que existía una posibilidad de salvación y rogó:

-¡Por favor, dígame lo que se puede hacer!

-No me atrevo, porque tal vez interpretase mal mis sentimientos. Tal vez dentro de algunas semanas...

-¡No, no, hable ahora! -rogó Serena.

Shepard acentuó sus vacilaciones. Al fin, respirando hondo y como tomando una heroica decisión, dijo:

-Serena, usted ya sabe que la aprecio; pero mis sentimientos hacia usted van más allá de un simple afecto. Por eso me decido a hablarle como voy a hacerlo. Serena -Shepard había prescindido ya del «señorita Morales»-, yo la amo como un hombre ama a una mujer. La he amado siempre, y con muchas dificultades he contenido, hasta ahora, mis sentimientos. Luego, el saberla en una situación dolorosa ha sellado mis labios. Y hoy todavía los habría sellado más el temor de que interpretase mis palabras de una manera equivocada. Serena, le pido que sea mi esposa.

-¡Señor Shepard! -exclamó, incrédulamente, la joven-. ¿Cómo...?

-¿Cómo me atrevo a pedirle eso? Ni yo mismo lo sé. Hasta ahora no había tenido valor para expresar mis sentimientos. Hoy lo he encontrado porque, además de mi corazón, puedo ofrecerte algo más.

-¿Qué?

-La libertad de su padre, que no me podría ser negada.

-Pero si usted ha dicho...

-He dicho que un favor pequeño se me negaría; pero, en cambio, no me sería negado un gran favor. Y la libertad de mi suegro sería un gran favor. Entonces no necesitaría ni pedirlo. Se echaría tierra al asunto, se destruiría el documento acusador, y por falta de pruebas concretas se decretaría la libertad del señor Morales.

-Es increíble...

-¿El qué? ¿Cree que su amor es el precio que yo pongo a mi favor? No, no lo crea. Yo seguiré laborando por la libertad de su padre aunque usted me rechace. Y de todas formas la seguiré amando. Si lo que le pido es un sacrificio excesivo, dígamelo sin reparos y olvide mi atrevimiento.

Serena vaciló.

-Es tan inesperado, eso... -murmuró.

-Eso me hace ver que no se había dado cuenta de lo que yo sentía por usted. Yo creí que mis sentimientos eran diáfanos. Pero a veces los ojos más claros pueden ser ciegos a lo evidente. Perdone mi audacia.

-No; eso no, señor Shepard -suplicó Serena-. Le ruego que me permita reflexionar. Me siento como si... como si hubiera tropezado inesperadamente con un obstáculo de cuya existencia no tenía la menor idea.

-Desde luego. Tómese todo el tiempo que quiera, Serena -replicó el notario-, y, si al fin decide que mi audacia ha sido excesiva, no le pido otra cosa que el olvido de mis palabras y que siga considerando a Howell Shepard como un amigo de verdad.

Levantándose, el notario acompañó a Serena hasta la puerta y la siguió con la mirada hasta que la vio perderse por la oscura calle. Entonces volvió a su despacho y, sentándose de nuevo a su mesa, sonrió.

Howell Shepard sentíase muy satisfecho.

* * *

En cambio, Serena Morales no estaba satisfecha. Al contrario, su alma se agitaba en un mar de confusiones y de dudas. Era exacta la imagen que había hecho de sus sentimientos. Las palabras de Shepard habían sido para ella un inesperado golpe. Sin embargo, en un esfuerzo por ver las cosas objetivamente, trató de comprender a Shepard.

-El me ama y quiere ayudarme -murmuró.

Y quiso justificar las palabras del notario y su asombrosa proposición. Pero no podía. Lo cierto era, para ella, que Shepard trataba de poner un precio a su ayuda. Un precio vergonzoso. Pero ¿era realmente así? ¿Por qué no creer en una hermosa pureza de sentimientos? ¿Por qué no podía ser verdad que su oferta era simplemente un propósito de ayuda en el que intervenía un amor desinteresado?

Marchaba lentamente hacia la casa que tenía en las afueras de la ciudad, dejando que su caballo siguiera a su antojo el camino que juzgase mejor. Por detrás de las montañas asomaba una luna roja y grande. Continuamente oíanse voces y griterío que brotaba de las tabernas. Serena no abrigaba ninguno de los temores que hubieran sido lógicos en una mujer de su edad. No temía a los hombres que deambulaban por las fangosas calles. En la silla de su caballo tenía, enfundado, un revólver de seis tiros, que sabía utilizar perfectamente.

De pronto oyó tras ella un violento galopar de numerosos caballos y, en seguida, varios disparos.

Sin esperar a averiguar la causa del alboroto, Serena hizo entrar a su caballo bajo el porche de una vieja casa y un momento después unos diez o doce jinetes pasaron velozmente ante ella. Los últimos disparaban continuamente hacia atrás, como si cubriesen la retirada. Pronto torcieron por una bocacalle y desaparecieron, dejando atrás una nube de irritante humo de pólvora.

Cuando se ahogaron los ecos de las detonaciones y de la cabalgada, empezaron a oírse voces que, sin duda, comentaban el ataque de los bandidos y sus trágicas consecuencias. Serena, hondamente preocupada por sus propios problemas para prestar demasiada atención a lo que iba resultando ya un acontecimiento habitual y hasta normal, salió de debajo del porche y reanudó la marcha hacia su casa.

La justicia, en Los Ángeles, se cebaba en un pobre hombre que sólo había tratado de defender su hacienda en peligro; pero, en cambio, se cruzaba pasivamente de brazos ante la actuación audaz e implacable de una banda de facinerosos que parecían considerar las calles de la población como carreteras abiertas a sus ataques. Algunos

oponían en favor de la justicia, que los bandidos estaban mejor armados, no ya que las fuerzas de policía, sino que los mismos soldados del Ejército Federal, ya que utilizaban armas de excelente clase cuyo elevado coste las ponía fuera del alcance de las manos militares. Serena pensó, por un momento, que para aquellos bandidos sena tarea fácil sacar a su padre de prisión. ¿No lo habían hecho con más de uno de los suyos que por azar, más que por excesivo celo en la actuación de la policía, cayeron en manos de esta?

Serena fue dejando atrás las casas y campos de la ciudad de Los Ángeles. La luna paseaba por el cielo su disco completo y bañaba con su luz la campiña, imponiendo un silencio y una calma impresionantes. Pero en el corazón de la joven reinaba el dolor y el abatimiento

Llegó al fin ante la casa que había sido de su madre y en la cual, desde la incautación del rancho, vivía ella en compañía de una criada. No se veía ninguna luz. Serena condujo por sí misma el caballo a la cuadra y después de desensillarlo y comprobar si había suficiente comida en el pesebre, salío y cerro con llave, entrando luego en la casa.

Apenas dio unos pasos por el amplio vestíbulo, lleno de ecos y de densas sombras, Serena tuvo la impresión de que se hallaba ante algo anormal. Haciendo un esfuerzo avanzó hacia la escalera que conducía a sus habitaciones Harta aquel momento nunca había advertido los quejidos y chasquidos que emitían los escalones cada vez que pisaba uno de ellos. Le hacía el efecto de que a su lado subía paso a paso, como ella una sombra tangible, y que un rostro hecho de negruras la miraba con sus ojos que eran dos pequeños e insondables pozos en los que se concentraba una maligna amenaza.

Cuando llegó al piso superior y vio la luz de la luna que penetraba por el ventanal que se abría al final del pasillo, frente a otro que se encontraba en el extremo opuesto, Serena sintió un gran alivio. El fantasmal compañero que había subido con ella fundiríase con la luz como la nieve se funde con las lluvias primaverales.

-¡Qué tontería! -musitó Serena.

Cruzó el pasillo y se detuvo ante la puerta de su cuarto. La luz de la luna parecía vibrar intensamente. Serena empujó la puerta y entró en su habitación. También estaba allí la luz de la luna, bañando el lecho de columnas y dosel. Serena pensó, con alivio, que no necesitaría buscar velas, eslabón ni yesca, y que podría desnudarse sin verse precisada a hacerlo a tientas.

Acercóse al tocador, sobre cuya banqueta se veía el camisón de dormir, y en el momento en que su mano se inclinaba a recogerlo, una voz que brotó de la oscuridad, susurró:

-Buenas noches, señorita Morales.

Serena lanzó un grito de espanto y a su memoria acudieron los recuerdos de los terrores vividos mientras subía la escalera.

-No se asuste; soy un amigo, Serena -siguió la voz.

-¿Quién es...? -tartamudeó la joven, tratando de penetrar con sus pupilas las densas tinieblas, acentuadas por la plateada luz de la luna.

-Un amigo que ha venido de muy lejos a ayudarla en su apuro.

-¿Quién es usted? —insistió Serena, alargando la mano hacia el eslabón y el pedernal que tenía encima del tocador.

-No, señorita, no lo haga -ordenó la voz.

-Pues dígame quién es y qué hace en mi cuarto.

-He venido a verla y soy *El Coyote.*

Capítulo VIII

La promesa del *Coyote*

Serena retrocedió, espantada, y su mano derecha buscó un punto de apoyo. En el mismo instante, surgiendo de las sombras, un hombre avanzó hacia ella. La luz de la luna era lo bastante intensa para revelar sus facciones; pero un negro antifaz le cubría la parte superior del rostro.

-*¡El Coyote!*-exclamó Serena, y en su voz vibraba ya la alegría.

-Para servirla, señorita -replicó el enmascarado, inclinándose ante la joven.

-¿Y dice que viene a ayudarme? -tartamudeó Serena.

-Sí. Vengo de muy lejos y estaré aquí hasta que su padre quede en libertad y se haya hecho justicia.

Los temores de Serena habíanse esfumado ya. Como todos los habitantes de California, conocía la fama del *Coyote y* veía en él a un amigo dispuesto a ayudarla en aquellos momentos de apuro.

-Creí que estaba usted muy lejos -murmuró-. Hace tiempo que no sabemos nada de usted.

-He venido porque mi presencia es necesaria, señorita Morales. Pero no puedo entretenerme y he de volver en seguida a mi escondite. Viene usted de hablar con el abogado Turner y el notario Shepard. No haga nada de cuanto ellos le digan. No tome ninguna decisión. Déjeme a mí la oportunidad de obrar por usted.

-¿Sabe lo que me ha dicho Shepard? -preguntó Serena, muy sofocada.

-Ha pedido un precio muy alto por su ayuda.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó, asombrada, Serena.

El Coyote sonrió. No sabía nada; pero adivinaba muchas cosas.

-Yo lo sé todo -declaró.

-No puedo casarme con él -musitó Serena-. No puedo.

El Coyote se estremeció; una llamarada de ira cruzó por sus ojos. Conteniéndose, pidió:

-Cuénteme todo lo ocurrido.

Serena, subyugada por la presencia de aquel hombre tan famoso, explicó cuanto le había dicho Shepard.

-¡Canalla! -murmuró *El Coyote-.* Desde este momento yo me encargo de todo. Si Shepard insiste, dígale que necesita usted reflexionar. A su debido tiempo probaremos la inocencia de su padre.

-¿Cree que podrá demostrar que es inocente?

-Estoy seguro.

-Le estaré agradecida toda mi vida -prometió Serena, con la mirada fija en *El Coyote.*

La luz de la luna daba de lleno en su rostro. El enmascarado susurró:

-¡Qué hermosa! Sus ojos son como las aguas que reflejan el monte Shasta.

-¿Por qué dice eso? -preguntó Serena.

-Porque es usted muy hermosa, señorita. Demasiado hermosa para que la manche un cerdo como Shepard. No tema. Su problema está en buenas manos.

Serena sentía aún vibrar en sus oídos las extrañas palabras del *Coyote:* «Sus

ojos son como las aguas que reflejan el monte Shasta.» Monte Shasta, la famosa montaña de California del Norte, que según los indios, había sido creada por Dios para modelo de todas las otras montañas. La muchacha, como todas las mujeres de California, había hecho del *Coyote* su ideal. Nuevo caballero andante que usaba el revólver de seis tiros en vez de la lanza, que marcaba a sus adversarios con un balazo en la oreja, que protegía a los débiles contra los fuertes, que era aclamado como el héroe máximo de California. Y ahora estaba ante ella. Y había halagado su vanidad con la más bella frase de amor...

-¿En qué piensa, señorita Morales? -preguntó *El Coyote.*

Serena se dio cuenta de que durante varios minutos habíase dejado arrastrar por unos sueños hermosos y fantásticos.

-Es que me cuesta trabajo creer que sea verdad lo que usted dice. ¡Me he sentido tan sola, tan abandonada por mis propios compatriotas...! He visto que todos huían de mí como si yo fuese una mujer impura, y se ha dado crédito a las acusaciones contra mi padre...

-Todo pasará y dentro de muy poco será un triste recuerdo ya lejano. Y los recuerdos tristes no tienen importancia cuando el presente es feliz. Adiós, señorita Morales. Haga cuanto le he dicho. No olvide nada y no diga, ni a sus mejores amigos, que yo he venido a verla.

En aquel momento, los ojos de Serena, que escrutaban ansiosamente el rostro del *Coyote* en busca de algún detalle que le permitiese reconocerlo si alguna vez lo encontraba en Los Ángeles, captaron una pequeña peca triangular en el lóbulo de la oreja derecha.

-Adiós -siguió *El Coyote-.* Desde ahora no estará sola. ¿Necesita dinero?

Serena movió negativamente la cabeza. Estaba demasiado emocionada para hablar. Sin embargo, consiguió decir

-No..., tengo lo suficiente para mis necesidades.

-Entonces descanse tranquila. Su padre será salvado.

El Coyote cruzó la habitación, abrió la puerta y, por un instante, la luz de la luna que brillaba en el pasillo reflejóse en las culatas de sus dos revólveres y en la hebilla de plata de su cinturón; luego, se cerró la puerta y Serena quedó sola. Unos minutos después se oyó el galope de un caballo. *El Coyote,* cumplida su misión, se alejaba.

* * *

César de Echagüe escuchó, impasible, el relato de Ricardo Yesares. Éste vestía aún el traje de *Coyote;* pero se había quitado el antifaz, que estaba sobre la mesa.

-La bajeza humana no conoce límites -comentó César-. Sin embargo, hay cosas que repugnan al hombre honrado. Y más que repugnarle le resultan incomprensibles. Que por conseguir a una mujer se llegue a ciertos extremos es tan inadmisible que difícilmente se comprende.

-¿No podría ser también lo que dijo Shepard?

-Tal vez -admitió César-. Pero es más lógico lo otro. Ya sé que la lógica es muy relativa y que varía de acuerdo con el cerebro y el alma de la persona interesada; pero también he advertido qué a veces nos esforzamos en dar a las cosas una explicación mejor o más agradable, y la realidad confirma casi siempre la sospecha cruda y desagradable.

-¿Qué debemos hacer?

César dio unos pasos por la estancia.

-Debemos obrar sin pérdida de tiempo -dijo, de pronto.

Acercóse a la ventana y la abrió. Del jardín llegaba el rasgueo de las guitarras y las redondas y goteantes notas de los xilofones de la orquesta típica. Era noche de fiesta en el rancho San Antonio. Se celebraba el regreso del amo ausente durante varios años, y en el hermoso jardín los bailes clásicos y las orquestas típicas se unían en un artístico conjunto.

César cerró de nuevo la ventana y se volvió hacia Ricardo Yesares.

-Voy a escribir a mi cuñado. Él sabe la verdad. Y como ha intervenido en este asunto, pues prometió ocuparse de lo referente al rancho Morales, su deber es ayudarnos.

-Pero un mensaje a Washington tardará muchos días en llegar.

-Menos de los que se imagina. Aguarde.

César abrió un cajón de su mesa de trabajo y sacó dos tiras de papel muy fino. Llenó rápidamente ambas tiras y en cuanto la tinte se hubo secado César pidió a Yesares que aguardase y salió de la estancia. Al cabo de tres minutos regresó con dos jaulas, dentro de las cuales había dos palomas.

-¿Palomas mensajeras? -preguntó Yesares.

César de Echagüe, con un movimiento de cabeza, asintió.

-Sí -dijo-. Emplearán muchísimo menos tiempo que un jinete, por veloz que sea, y, por lo que pudiese ocurrir, enviaré dos. Mi cuñado tiene allí otras palomas que acudirán a este rancho y nos traerán su respuesta. Entretanto no podemos hacer nada. Confío en que tendremos pronto la contestación. Y, de momento no creo que suceda nada grave. Dedíquese a preparar su establecimiento. Mañana tomará posesión de él y comenzará a limpiar la casa. Busque albañiles y carpinteros y un arquitecto que dé al edificio un carácter de mesón típico.

Yesares asintió con la cabeza y mientras César arrollaba los mensajes y los colocaba en un tubito de metal sujeto a las patas de las palomas se cambió de ropa. Luego César abrió la ventana y soltó las palomas, que en seguida se elevaron para orientarse y no tardaron en desaparecer.

-Bajemos a disfrutar de la fiesta -dijo el dueño de la casa-. Por el momento podemos descansar. Además, conviene que nos vean juntos y aquí. Mañana podría saberse que *El Coyote* ha rondado por las calles de Los Ángeles y quiero que si piensan en mí o en usted, recuerden que nos vieron en esta casa.

Cuando llegaron al jardín la danza terminaba. Los aplausos de los dos hombres se unieron a los del resto de los invitados.

-Ha sido maravilloso -afirmó una dama, levantándose del sillón de mimbre que le habían colocado junto a un macizo de rosas.

-Muchas gracias, doña Eugenia -replicó César-. Halaga usted mi vanidad de anfitrión.

-¡Cuánto hemos echado de menos su presencia en Los Ángeles! -replicó la mujer.

-¡Y cómo he echado yo de menos a mis buenos amigos! -repitió César.

Un intenso rasgueo de guitarra indicó que la fiesta continuaba. Se volvió a hacer el silencio en el jardín y todos regresaron a sus puestos. César y Yesares se acodaron a un arco de ladrillos y, como los demás, contemplaron la alegre fiesta típica.

Capítulo IX

La identidad del *Coyote*

Ricardo Yesares notaba que a medida que iban transcurriendo los días aumentaba su afición por los negocios, especialmente por los de hospedería. La casa que le había cedido César de Echagüe estaba siendo transformada bajo la dirección de un inteligente arquitecto mejicano, que, aprovechando la bella arquitectura colonial del edificio, situado en la plaza, lo embellecía a base de ligeros retoques exteriores y otros mucho más importantes en su interior. Casi medio centenar de viejas camas que habían sido vendidas a precios muy bajos por sus amos, que las consideraban sin ningún valor, aguardaban el momento de ser instaladas en las habitaciones. Otro número proporcional de muebles complementarios se unirían a ellas, creando así un ambiente perfecto, que era lo que había aconsejado César. Mesas redondas y rectangulares, hechas de excelente roble o pino rojo, serían instaladas en el comedor y en el patio abierto que se utilizaría para las fiestas y comidas al aire libre.

-Dentro de cuatro días podrá usted abrir el establecimiento -dijo en aquel momento el arquitecto, acercándose a Yesares-. No negará que hemos trabajado bien y de prisa.

-No lo niego -replicó Yesares-. Al contrario, quiero felicitarle por su trabajo. Es perfecto.

-La muestra del local ya está terminada -siguió el arquitecto, señalando un tablero que debía colgar sobre su puerta y en el cual se veía el busto del rey Carlos III rodeado por esta inscripción: «POSADA DEL REY DON CARLOS.» Creo que es un acierto.

-Desde luego -replicó Yesares-. Veremos si el pueblo de Los Ángeles opina lo mismo.

-Estoy seguro de que se dará cuenta del mérito de la obra -afirmó el arquitecto-. Y ahora, con su permiso, iré a revisar los trabajos. Las habitaciones han sido ya encaladas y tal vez se puedan armar las camas.

Yesares quedó solo frente a la hermosa casa y después de contemplarla un momento fue a volverse. Al hacerlo tropezó violentamente con una mujer que llegaba por la acera.

-Perdón -pidió Ricardo. Al darse cuenta de quién era la joven, se apresuró a agregar-: Perdóneme, señorita Morales.

La muchacha, de momento, quedó desconcertada; luego, al recordar al hombre que le había sido presentado en el rancho de San Antonio, saludó:

-Buenos días, señor Yesares. ¿Contempla usted la nueva posada?

-Sí, señorita Morales. Mi nueva posada.

-¿Es usted el propietario de esta casa? -preguntó, extrañada, Serena.

-Sí, señorita. El señor Echagüe me la dio a muy buen precio y espero convertirla en un local famoso. ¿Querrá usted asistir a su inauguración?

-Teniendo a mi padre en la situación que usted...

Serena se interrumpió bruscamente y palideció como una muerta.

-¿Qué le ocurre? -preguntó, alarmado, Yesares.

La mirada de Serena estaba fija en la oreja derecha del joven y en la triangular peca que en ella se veía.

-¿Por qué no me contesta? -insistió Ricardo.

Aún muy pálida, Serena murmuró:

-Sus ojos son hermosos como las aguas que reflejan el monte Shasta.

Esta vez fue Yesares quien palideció mortalmente.

-¿Qué dice? -tartamudeó.

-¿No le recuerda nada esa descripción? -preguntó Serena, con una creciente sonrisa.

Yesares no contestó, y Serena dijo:

-No debe temer de mí, señor Yesares. Pero dígame a qué se refieren las palabras que he pronunciado.

-A sus ojos -musitó Yesares-. Son tal como los describí hace dos semanas...

-En una noche de luna...

-De una luna que se reflejaba en los ojos más bellos que he visto jamás. Pero no debe...

-No debo hablar, ya lo sé. No tema de mí, señor... -y después de mirar a todos lados, agregó, con voz tan baja que sólo Yesares pudo oírla-: ...señor *Coyote.*

-¿Cómo... cómo me ha conocido? -preguntó Yesares.

-Tiene una peca inconfundible en el lóbulo de la oreja derecha -contestó Serena-. Es muy peligrosa.

Yesares se llevó instintivamente la mano al punto señalado. Sí, allí tenía una peca que era realmente inconfundible y de cuya existencia, de tan sabida, ya no tenía casi noción.

-Es usted muy sagaz, señorita Morales. Hasta ahora nadie se había dado cuenta... de eso.

-Es que tal vez no le ha mirado con atención ninguna mujer.

-Ninguna mujer como usted -replicó Yesares-. Porque si usted me hubiese mirado antes..., antes hubiera caído prisionero.

Serena sintióse inundada de felicidad. Aquellas palabras del famoso *Coyote* significaban..., significaban amor. .-¿Y para qué prepara esta casa? -preguntó, al fin, tratando de desviar la conversación.

-Necesito justificar muchas cosas, señorita -replicó Yesares-. Un hostelero o posadero no despierta sospechas... Y mucho menos sospechas de ser *El Coyote.*

-Claro -asintió Serena-. No pensé...

Al llegar aquí interrumpióse y su rostro se endureció.

-No tema -dijo apresuradamente-. Le admiro demasiado para traicionarle. Ahora tengo que marcharme.

-¿Por qué? -preguntó Yesares.

Serena no replicó y se alejó rápidamente en la misma dirección por donde había venido.

Ricardo la vio alejarse. En el mismo instante una voz comentó tras él:

-Llega el diablo malo y el ángel sale huyendo.

-¡Oh! Buenos días, don César. ¿Qué ha querido decir?

-Serena Morales no siente ninguna simpatía por el botarate y egoísta de don Cesar -sonrió el estanciero-. Es natural que huya del hombre que se negó a hacer nada por su pobre padre.

-Pero ella sabrá que usted...

-Tu-tut -interrumpió César-. Lo que menos deseo es que se asocie a don César con las obras de beneficencia. Ahora enséñeme la casa, porque tenemos que hablar.

-Yo también tengo que decirle algo muy grave -declaró Yesares.

-Entonces busquemos un lugar bien desierto. No creo que a nadie le extrañe mi interés por el uso que va a hacerse de la que fue mi casa.

-El patio está vacío. Allí podremos conversar.

Los dos hombres cruzaron el comedor interior, lleno de carpinteros que montaban las mesas, y salieron al patio, en el cual no se veía a nadie. Sentándose en el centro y sacando Yesares unos documentos para hacer como si los enseñara a César, pidió:

-Cuénteme...

-No. usted antes -rió César-. Sospecho que sus noticias son más importantes que las mías.

-Serena Morales sabe quién es *El Coyote.*

-¡Eh! ¿Qué quiere decir?

-Sabe quién es *El Coyote.* Me lo acaba de decir.

-¿Y es por eso, por lo que ha huido de mí?

-No. Es que cree que yo soy *El Coyote.*

-También lo es usted.

-Ella cree que yo soy el verdadero *Coyote.* Me ha reconocido.

-¿Cómo?

-Por esta peca triangular que tengo en el lóbulo de la oreja derecha. No me acordé de que existía y... aquella noche ella la vio.

-Y como se fijó mucho en *El Coyote.* lo ha reconocido -César se pasó una mano por la frente-. Vaya. Un contratiempo que no esperaba; pero que hubiera podido tener peores consecuencias. Sobre todo, si descubre la verdad. Sus simpatías hacia *El Coyote* se habrían esfumado al momento. Como les he visto hablar, sospecho que no piensa en denunciarle a la justicia. Y mucho menos teniendo en cuenta el cariño que debe de profesar a los representantes de la ley. Usted siga dejando que ella le crea *El Coyote.* A usted no le perjudicará y a ella la hará feliz.

-Como usted ordene -replicó Yesares.

-Ahora vayamos a lo otro. Acabo de recibir la contestación de mi cuñado. La primera de las dos palomas que él me envía ha llegado ya. Recibió mis mensajes, y la contestación que me da no puede ser más asombrosa.

César se interrumpió un momento para pasear una mirada aparentemente distraída por el patio. Por último, cuando se hubo convencido que nadie podía oírles, dijo:

-Hace diez años, mi cuñado envió a José Morales, el padre de Serena, el documento que probaba su legítimo derecho al rancho.

-¡Eh!

-Sí, el documento español. El original. Dice que entonces le extrañó que Morales no contestara dando las gracias por el envío; pero lo achacó a olvido, muy lógico en los de nuestra raza.

-Pero eso no parece aclarar nada -objetó Yesares.

-Al contrario: aclara muchas cosas -replicó César-. Lo aclara todo.

-No lo comprendo.

-Óigame. Yesares. Necesito que busque a Serena Morales y le diga que le acompañe a ver a su padre. Usted debe hablar con José Morales. Pregúntele solamente si le han hecho alguna proposición de venta del rancho.

-¡Pero si él no puede vender el rancho estando preso!

-No importa. Pregunte eso. Yo le aguardaré por aquí. En cuanto sepa la respuesta, le diré lo que debe hacer.

-¿Y dónde encuentro ahora a Serena?

-Lo más probable es que se dirigiese a la cárcel. Todos los días va a ver a su padre a esta hora. Al interponerme yo en su camino, habrá tenido que dar un rodeo para llegar. Aún estará allí. No pierda tiempo.

Yesares, después de asegurarse de que llevaba el revólver al cinto, cogió un puñado de cigarros puros y se los metió en el bolsillo. A la carrera dirigióse a la casa

donde se hallaba instalada la prisión.

Frente a ella vio a Serena, que se disponía a entrar. Llamándola a toda voz, consiguió atraer hacia él su atención, y con ademanes le indicó que le aguardase.

-¿Qué ocurre? -preguntó Serena.

-Necesito hablar con su padre, señorita -dijo Ricardo-. He sabido algo que me interesa aclarar. ¿Puedo acompañarla?

-¿Con qué excusa? Siempre he visitado sola a mi padre.

-Le traigo unos cigarros puros -explicó Yesares-. Es un buen pretexto. Los presos fuman mucho.

-Pero, de todas formas, les extrañará...

-Diga que soy... su novio -propuso Ricardo.

-Pero... eso no es cierto -replicó, con voz imperceptible, Serena.

-Por desgracia, no -dijo Yesares-. Pero es una mentira en beneficio de su padre.

-Está bien; pero sólo lo diremos si nos obligan.

No fue necesario explicar nada y bastó con la excusa de que Yesares pensaba entregar unos cigarros al preso e invitarle a la inauguración de su establecimiento «para cuando saliera de allí».

José Morales miró, extrañado, a Yesares y preguntó a Serena quién era aquel hombre.

-Es un buen amigo nuestro -dijo la joven-. Tiene que preguntarte algo.

-Es en bien de usted -intervino Yesares-. ¿Le han hecho alguna proposición de compra del rancho?

-¿Por qué me pregunta eso? -inquirió el preso, que parecía hondamente afectado por su estancia en aquel lugar.

-Necesito su respuesta, no sus preguntas -dijo Yesares-. ¿Le han ofrecido comprarle el rancho?

Morales no pareció dispuesto a responder. Serena le instó:

-Por favor, papá, contesta a lo que te pregunta el señor Yesares. ¡Te juro que nadie hará por ti tanto como él está haciendo ya!

-Está bien. Sí, me han ofrecido comprar el rancho -respondió Morales.

-¿Quién?

-Turner, mi abogado. Dice que obra en representación de otro. De un hombre muy poderoso, que está seguro de hacer valer su influencia para que se eche tierra al asunto de forma que él pueda entrar en posesión del rancho. Me ofrece diez mil dólares y extender un documento según el cual cargaría él con toda la responsabilidad inherente al proceso. Yo le cedería todos mis derechos.

-¿Tiene algo que ver Howell Shepard con este asunto?-preguntó Yesares.

-Extenderá los documentos. ¿Hay algo malo en ello?

-Tal vez. De momento no firme ni venda nada. Aguarde mis instrucciones. Estoy seguro de que podré sacarle de aquí antes de una semana. Adiós.

Dejando a Serena con su padre, Ricardo salió de la cárcel, recogió el revólver de que le habían despojado cuando entró a ver al preso y corrió a reunirse con César. Éste escuchó atentamente lo que su compañero le contaba. Al fin, declaró:

-Todo confirma mis sospechas. Vamos a tener que actuar en seguida. Esta noche haremos una visita al juzgado. Tengo allí gente amiga que nos facilitará la entrada. A las diez en punto aguárdeme en el portal de la iglesia de Nuestra Señora.

-¿Cómo he de ir vestido?

-Esta noche actuarán dos *Coyotes* -sonrió César-. Adiós.

Capítulo X

Dos *Coyotes*

Afortunadamente para quienes deseaban pasar inadvertidos, la iluminación pública de Los Ángeles dejaba macho que desear en aquellos tiempos, y si de día los habitantes de la población eran sumamente curiosos, de noche volvíanse increíblemente discretos. A ello contribuía la experiencia de que a los paseantes nocturnos no les gustaba nada que les observaran. Por tanto, cualquiera que marchase por las calles evitando a los demás transeúntes estaba seguro de que los otros le evitarían tanto como él a ellos.

Así les ocurrió a los dos enmascarados que, por distintos caminos, convergieron en la hermosa puerta del templo de Nuestra Señora cuando los relojes daban las diez de la noche.

-Vamos -dijo uno de los enmascarados, que parecía el doble exacto del otro.

Guió a su compañero por las oscuras calles. Al fin, llegaron a la parte trasera de un viejo edificio colonial que en el dintel de su puerta delantera tenía escrito en español este letrero: «Juzgado Municipal.» Aunque Los Ángeles llevaba ya muchos años en poder de los yanquis, aún debían transcurrir muchos más antes de que la mayoría de los documentos públicos dejaran de escribirse en español, y estuviesen escritos también en español la absoluta mayoría de los letreros de la ciudad.

Antes de que el enmascarado que había tomado la dirección de la empresa llamara a la puerta, ésta se abrió hacia dentro y una india apareció un segundo después. En cuanto los dos hombres hubieron entrado, la india entregó al primero una linterna sorda y se apartó. Sus impasibles ojos siguieron el alejarse del círculo de amarillenta luz que marcaba la marcha de los dos hombres que a tan intempestivas horas visitaban el juzgado de Los Ángeles.

Pero el motivo de la visita no era el admirar las posibles bellezas del edificio, polvoriento como un desierto, lleno de telarañas y desmintiendo a gritos la fama de pulcros y organizadores que tienen los norteamericanos. Cruzaron varios pasillos de abovedado techo, y con unas llaves maestras abrieron dos puertas. Al fin, llegaron a una habitación ocupada por altos estantes ordenados alfabéticamente. Al llegar ante el que correspondía a la «M», el que llevaba la linterna buscó un momento y tomó un legajo que llevó hasta encima de una mesa. Un rápido examen le permitió encontrar lo que buscaba. Dentro del círculo de luz de la linterna quedó un viejo pergamino sellado con agrietado lacre rojo.

-Éste es, Yesares -dijo *El Coyote-.* ¿Qué le parece?

-No sé. Yo diría que es legítimo.

-Y yo también -replicó César-. Pero tai vez se trate de una magnífica falsificación. Vamos.

César dejó el legajo en el sitio de donde lo había retirado y regresó por el camino seguido hasta allí. La misma india cerró la puerta tras ellos, después de guardar la linterna.

-Todo se aclara -dijo César cuando estuvieron en la calle.

-¿Qué debemos hacer ahora? -preguntó Yesares.

-Castigar a los culpables, pero castigarles ejemplarmente. Quiero que se

arrepientan de veras de lo que han intentado hacer.

Durante el resto del camino, César de Echagüe expuso su plan a Yesares. Éste asintió repetidamente, hizo algunas preguntas y, por último, el plan quedó redondeado.

El pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles había conocido hasta entonces la actuación de un *Coyote.* Dentro de poco sabría la de dos de ellos, a cuál más implacable.

* * *

El señor Yesares se había superado a sí mismo en un supremo esfuerzo por acelerar la apertura de su establecimiento. Por toda la ciudad se repartieron impresos anunciando la inauguración de la posada del Rey Don Carlos, que se amenizaría con un escogido repertorio de danzas típicas, orquestas populares, cantadores mejicanos y comida propia del país y de Méjico. Desde dos días antes estaban solicitadas ya todas las mesas y hacía falta casi influencia para obtener una.

Ricardo Yesares se vio y se deseó para dar a sus negativas la mayor cortesía.

-Todas las noches se repetirá el programa hasta que los señores se cansen de él -aseguró-. Comprendo que les hubiera gustado asistir a la inauguración; pero ya saben ustedes lo que ocurre en estos casos. Además, seguramente habrá fallos involuntarios que en los siguientes dias se corregirán.

La gente, al fin, tuvo que conformarse, y los que no pudieron conseguir puesto para la noche inaugural, los hicieron reservar para las siguientes.

Charles Turner y Howell Shepard fueron increíblemente afortunados. Llegaron a la posada del Rey Don Carlos a un momento oportuno, y ya dice el refrán que vale más llegar a tiempo que rondar un año. Iban convencidos de no encontrar nada y quedaron agradablemente sorprendidos por la noticia de que dos caballeros que tenían reservada una mesa habían anunciado que no podrían asistir. Si, don Diego Hurtado y don Joquín Rózpide, que tenían que marchar a Santa Cruz.

Míster Turner y míster Shepard recibieron los boletos que justificaban el derecho a asistir a la inauguración de la posada y marcharon a sus quehaceres seguros de que pasarían una buena noche. Además, tenían muchas cosas de que hablar.

Aquella noche reuniéronse en casa del notario y partieron juntos, en un coche descubierto, hacia la plaza.

-Conviene mucho que Morales firme -dijo, de pronto, Shepard.

-Firmará -aseguró Turner-. La cárcel está acabando con él. Tal vez si aumentasemos la oferta...

-No; le haría sospechar. El precio ha de ser el que dijimos.

-¿Y si el negocio se pierde?

-No puede perderse.

-Te sobra seguridad y...

-Calla -interrumpió Shepard-. ¿Qué quiere ese...?

Lo que deseaba el jinete que acababa de surgir de las sombras para penetrar en el escaso circulo luminoso que proyectaba el farol del coche, no podía ser nada bueno, puesto que una mano estremecedoramente firme empuñaba un revólver de seis tiros, manteniéndose frente a los dos paseantes.

-Buenas noches, caballeros -saludo el desconocido.

En aquel momento la luz del farol le dio de lleno en el rostro y dejó ver un negro antifaz. El cochero, al advertirlo, levantó las manos con una rapidez prodigiosa, a la vez que exclamaba:

-¡Virgen Santísima! *¡El Coyote!*

-Hola, Gutiérrez -replicó *El Coyote-.* Puedes bajar las manos. Me interesa más que cierres los ojos y los oídos y olvides que me has visto y que has llevado en tu coche a estos caballeros. Vete y vuelve cuando la campana dé las nueve y cuarto.

Sin esperar a que se le repitiese la orden, el cochero, tipo clásico del californio de clase humilde, saltó del pescante de su vehículo y escapó como alma llevada por el diablo.

-Tengan la bondad de apearse, señores -siguió *El Coyote,* dirigiéndose a los dos hombres-. Depositen veinte dólares en oro en el asiento del conductor. No estaría bien que se marchasen sin pagar la carrera.

Shepard se llevó la mano a uno de los bolsillos del chaleco y por un instante vaciló.

-Yo no lo haría -le dijo *El Coyote-.* Antes de que pueda sacar el juguete que lleva bajo el sobaco, le mataré. Y no me importará hacerlo.

Shepard se estremeció visiblemente, y por fin sacó una moneda de oro de veinte dólares y la depositó en el asiento del conductor, luego reunióse con Turner.

-Sigan adelante -les dijo *El Coyote-.* Ya les indicaré dónde pueden detenerse.

Durante unos veinte minutos, los dos hombres caminaron por un jeroglífico de calles hasta perder por completo el sentido de la orientación. Al fin, el enmascarado les ordenó que se detuvieran ante una casa de mísero aspecto, en la cual les hizo entrar hasta una habitación alumbrada por una lámpara de petróleo.

-Depositen sobre la mesa sus armas -ordenó *El Coyote.*

Shepard y Turner obedecieron, dejando sus pistolas sobre la sucia mesa.

-Ahora vuélvanse de cara a la pared y permanezcan así hasta que yo les diga que ya se pueden volver.

Los dos se apresuraron a seguir obedeciendo.

El Coyote examinó las dos armas. La pistola de Shepard, una excelente Remington de cinco tiros, tenía en las cachas las iniciales H. Sh. *El Coyote* se la guardó en un bolsillo, y enfundando su revólver acercóse al notarios y le registró los bolsillos. En uno encontró lo que buscaba: unas llaves. Las guardó también, y luego hizo lo mismo con otras llaves que sacó de uno de los bolsillos de Turner. Después de esto, retiróse y salió de la habitación, cerrando con llave la sólida puerta.

* * *

El enmascarado miró fríamente a los cuatro hombres que estaban ante él con las manos en alto.

-Podéis dar gracias a Dios de que hay otro asunto que me interesa más que el vuestro -dijo-. De lo contrario no saldríais tan bien librados, canallas.

Los cuatro bandidos se estremecieron. Llenos de pánico miraron al hombre que los tenía encañonados con un revólver de cañón interminablemente largo y amenazador.

Tres minutos antes, alegremente, celebraban con grandes carcajadas, lo fácil que les había resultado apoderarse de las perlas y de los brillantes de Sun Chih, a quien tenían amarrado en su cuarto, sin que el famoso chino traficante en piedras preciosas hubiera tenido tiempo de enterarse de lo que iba a ocurrirle.

Abrieron su caja de caudales, de una sencillez arrobadora; sacaron la fortuna que tan mal guardada estaba en ella, y se disponían a marcharse cuando la aparición de un enmascarado y de dos revólveres de seis tiros puso el terror en sus corazones, la inmovilidad en sus piernas y en sus labios las palabras:

-¡El Coyote!

Ahora *El Coyote* tenía en los bolsillos las perlas y los brillantes que debían ser

de ellos.

-Es una lástima que alguno de vosotros no quiera hacer una hombrada y trate de empuñar su revólver -siguió, despectivo, *El Coyote-.* Pero ya que no queréis luchar como hombres, al menos dadme vuestras armas.

Los cuatro hombres desenfundaron con las yemas de los dedos sus armas y las dejaron caer al suelo.

-Ahora volveos de cara a la pared y no os mováis hasta que yo os lo ordene.

Los bandidos obedecieron con cómica rapidez, y *El Coyote,* acercándose a la habitación donde estaba encerrado Sun Chih, dijo en voz alta:

-Buen trabajo, Turner. Si supiesen la verdad...

Oyó gemir una cama y comprendió que Sun Chih había oído lo suficiente. Entonces dejó caer sobre un montón de ropa la pistola de Shepard, y dirigiéndose a los cuatro bandidos, ordenó:

-En marcha. Volved a vuestro jefe y decirle que cuando termine el trabajo que tengo entre manos le atacaré para acabar con él y con su banda. Estoy deseando exterminarle. Decirle que aproveche la oportunidad y huya de aquí antes de que *El Coyote* le expulse.

Los bandidos salieron presurosos a la calle y escaparon sin perder un segundo. Tras ellos, *El Coyote* entornó la puerta de la tienda. Dejando la luz encendida y llevándose los cuatro revólveres que había arrebatado a los bandidos, montó a caballo y, con la sonrisa en los labios, marchó en opuesta dirección.

Un reloj marcó las diez de la noche.

A las diez y cuarto, don César de Echagüe aparecía en el patio de la posada del Rey don Carlos, acompañado por Ricardo Yesares, el propietario, a quien todos los que estaban allí le oyeron preguntar:

-¿Le ha gustado la casa, don César?

-Ha hecho usted un trabajo maravilloso, Yesares, pero me ha rendido haciéndome visitar tantas habitaciones. Con una sola me hubiera hecho perfecto cargo. Haga que me sirvan pronto la cena.

Al pasar junto a una de las mesas, saludó:

-Buenas noches, don Diego. Buenas noches, mi querido Rózpide. Les hacía en Santa Cruz.

Los dos hacendados rieron alegremente.

-Estamos en Santa Cruz -dijo Diego Hurtado-. Estamos en Santa Cruz. Y si no, se lo pregunta a nuestras queridas esposas. Cuando la mujer no se sabe divertir, el marido tiene que hacerlo solo. Esto es un hecho ciertísimo.

El rasgueo de las guitarras y el cálido castañear de los palillos atrajo todas las miradas hacia el amplio tablado, sobre el cual una pareja iba a bordear, en torno al ancho y picudo sombrero del hombre, una deliciosa danza llena de picardía.

César de Echagüe regresó a su mesa y sentóse ante ella, bostezó como si se sintiera muy aburrido y retrepándose en la silla, se dedicó a examinar a todos los que habían acudido a la inauguración del local.

Capítulo XI

Shepard y Turner se convencieron pronto de que era inútil aporrear la puerta que les cerraba el camino hacia la libertad. Sus golpes contra ella eran blandos e inofensivos y sólo servían para destrozarles las manos, en tanto que la madera continuaba tan sólida como antes.

Al fin, los dos hombres desistieron de su esfuerzo y conformáronse con su suerte, sin imaginar, ni remotamente, cuál podía ser.

La habitación en que se encontraban carecía de comunicación exterior y sólo por sus relojes podían saber la hora en que vivían y si era de día o de noche. A las seis de la mañana, Turner acercóse de nuevo a la puerta y quiso probar fortuna. Apenas lo intentó la puerta abrióse sin ningún ruido. Fue tal el sobresalto del abogado ante aquel hecho inesperado que, lleno de miedo, retrocedió como temiendo que por la abierta puerta surgiese una amenaza tangible.

Al cabo de un momento, tanto Shepard como él se serenaron y decidiéronse a terminar de abrir la puerta. No vieron a nadie. Saliendo del cuarto que les había servido de cárcel, cruzaron un corto pasillo y llegaron a una habitación más amplia, en cuyo centro vieron una mesa sobre la cual estaba su dinero, las llaves que les habían sido quitadas y la pistola de Turner.

Apresuradamente, los dos hombres recogieron todo aquello y por la otra puerta salieron a otro corredor que desembocaba en la salida principal de la casa. Al encontrarse en la calle y acariciados por la luz de la madrugada, Shepard y Turner sintieron un profundo alivio. Sin aguardar más, corrieron hacia sus casas, a las que llegaron después de varios y fracasados intentos de dar con las calles más conocidas.

Tanto a Shepard como a Turner les aguardaba una desagradable aventura, personificada por varios agentes de policía instalados en sus casas y que les dieron el alto, anunciándoles que quedaban detenidos. Media hora después de haberse separado, los dos volvían a encontrarse en el edificio donde estaba la Jefatura de Policía de Los Ángeles, frente al nada agradable Teodomiro Mateos, jefe de la policía, a quien los dos abogados conocían demasiado bien.

-¿Qué significa esto? -preguntó furiosamente el notario.

Mateos le miró burlonamente. Howell Shepard, siempre le había sido antipático, y Turner, mucho más. Los dos le trataron siempre con mucho desprecio. La situación había cambiado, y ahora el californiano, a quien las leyes yanquis habían colocado en el importante puesto de jefe de policía, iba a demostrar que también sabía ser desagradable.

-¿Conoce usted esta pistola, señor Shepard? -preguntó, empujando hacia el notario una Remington que tenía sobre la mesa, ante él.

Shepard la miró un momento y dijo en seguida:

-Sí, es mía.

-¿Es suya? ¿Y cómo explica que siendo suya no esté en su poder?

-Es que me la quitaron.

-¿Quién fue tan audaz que le arrebató su pistola, señor Shepard? -preguntó Mateos.

-*El Coyote.* Nos asaltó en plena calle, cuando íbamos a la inauguración de la nueva posada. Nos llevó a una casa solitaria y nos tuvo en ella hasta la madrugada.

Teodomiro Mateos sonrió burlonamente.

-Deben de haber pasado una noche terrible -se condolió.

Y dirigiéndose a uno de sus hombres, le ordenó:

-Registre a estos caballeros; pero hágalo con todos los respetos.

El policía obedeció, sin hacer caso de las protestas del abogado y del notario, que aseguraban que se estaban violando todos sus derechos de ciudadanos de California.

-No se preocupen -sonrió el jefe-. Si los violados son los derechos, dejen que sean también ellos los que reclamen.

Contemplando luego los objetos que se habían sacado de los bolsillos de los dos hombres, comentó, dirigiéndose a Turnen

-Por lo visto, a usted, señor Turner, *El Coyote* no le quitó la pistola. Y, a pesar de su fama de ladrón, no ha tocado un centavo del contenido de sus carteras.

Turner y Shepard comprendieron al mismo tiempo que durante todo el rato habían notado, sin darse cuenta exacta de ello, que el comportamiento del *Coyote* al dejar sus carteras, la pistola de Turner y hasta sus ricos relojes, era anormal e inexplicable.

-Eso lo hizo para...

-¿Para qué, señor Turner? -preguntó severamente Mateos. Y volviéndose hacia Shepard, agregó-: Tal vez usted, mi querido notario, pueda explicarme lo que su compañero de fechorías no parece saber. ¿Dónde perdió esta pistola?

-Ya le he dicho... -empezó Shepard.

-Me ha dicho una tontería -interrumpió Mateos-. Pero, ya que insiste en ello, le explicaré un cuento. Esta noche se ha cometido un robo muy audaz en casa de Sun Chih. Además de dinero le fueron robadas perlas y diamantes por un valor total de unos sesenta mil dólares. No es corriente que se cometan robos tan importantes.

-¿Qué quiere decir con eso? -gruñó Shepard.

-Sencillamente, que en casa de Sun Chih se encontró una hermosa pistola Remington, en cuyas cachas se veían las iniciales «H. Sh.» Y como ya ha reconocido usted que la pistola es suya, que la ha perdido o se la ha robado *El Coyote,* aunque no le tocó ni uno de sus hermosos billetes de banco, debemos creer que el autor del robo es usted. Además, el pobre Sun Chih oyó cómo usted hablaba con el señor Turner...

-¡Esto es una conspiración canallesca! -rugió Shepard-. No toleraré que se pisoteen nuestros derechos legales...

-Puede pedir que venga un abogado a representarle o ayudarle a salir del mal paso en que anda metido, Shepard -dijo Mateos-. Hasta ahora, a pesar de que todos sabíamos que era usted un asqueroso sinvergüenza jamás pudimos probarlo; pero ha llegado ya la oportunidad que necesitábamos y sospecho que va a pasar muchos años en la cárcel antes de poder contemplar de nuevo las calles de Los Ángeles.

A continuación, Mateos ordenó que se buscara a un abogado, a vanos testigos y que se trasladaran todos a casa de Shepard. Se cumplieron estos trámites y una vez allí se procedió a un concienzudo registro de la casa. El primer hallazgo importante tuvo lugar en un cuartito excusado, donde, bajo unos montones de ropas, se encontraron dos revólveres del 44, bien engrasados, y varias cajas de cartuchos.

-Veo que no siempre usa su hermosa pistola -comentó Mateos.

-¡Esos revólveres no son míos! –gritó Shepard

-¿Por qué dice eso? -preguntó el jefe de policía-. No es pecado guardar en casa armas... ¡Eh! ¡Un momento! –Toda la burlona cortesía de que hasta entonces había hecho gala el policía desapareció como por ensalmo. Su mirada estaba fija en la culata del Colt que tenía entre las manos. En seguida cogió el otro y lo examinó con igual atención. Por último, volvióse hacia Shepard y dijo duramente: -Señor Shepard, esto solo puede enviarle a la horca. De ahora en adelante le prevengo que todo cuanto diga podrá ser tenido en cuenta contra usted y utilizado en su prejuicio.

-¿Qué quieres decir eso? –preguntó el abogado que representaba a Shepard.

-Estas armas son Colts calibre 44 y modelo Pilbey.

-¿Y qué?

-Pues que las fabricó el coronel Colt y las reformó muy eficazmente el comandante Pilbey, incluyéndoles un extractor de nuevo sistema y una culata especial a base de un rayado de metal que permite su mejor ajustamiento a la mano. Pilbey nos envió una primera remesa de cien revólveres de ésos, y apenas hubieron llegado fueron robados por los bandidos que han convertido esta población en un feudo. Estos dos revólveres corresponden a esa remesa.

Shepard vaciló, como si hubiera recibido un terrible golpe en el pecho. Haciendo un esfuerzo logró replicar:

-¡Es una canallesca conspiración!... –Pero se daba cuenta de que a sus palabras les faltaba verosimilitud.

Terminó el registro sin encontrar nada más. Al llegar de nuevo al despacho, Mateos señaló la caja de caudales y pidió a Shepard:

-Ábrala.

El notario sacó el llavero donde guardaba las llaves de su casa y buscó entre ellas. Al fin anunció:

-No está. Me la han quitado.

-Está bien –refunfuñó Mateos-. Veo que no quiere ayudarnos en nada; pero le advierto que su actitud no le favorece lo más mínimo. Registraremos de nuevo.

No hizo falta un registro muy concienzudo, pues uno de los policías recordaba haber visto una llave dentro de una caja de tabaco picado. Se buscó la caja y entre el tabaco se encontró la llave.

-Buen sitio para guardar la llave –gruñó el jefe de policía-. Debe de haberlo hecho para que no se le apolille.

Sin preguntar a Shepard si aquélla era la llave de la caja fuerte, el propio Mateos la metió en la cerradura y la hizo girar. En seguida abrióse la puerta y apareció el interior de la caja, lleno de papeles y documentos. Por un momento Mateos pareció defraudado; pero no tardó en hacer retirar los papeles. Debajo de todos ellos apareció un saquito de gamuza lleno de redondas y purísimas perlas.

-Bien, Shepard, creo que ya tenemos bastante -anunció el jefe de policía, en tanto que el notario se dejaba caer, sin fuerzas, en un sillón-. Ahora veremos si su compañero está tan bien surtido de armas robadas y de perlas o diamantes.

* * *

Aquel mediodía circuló por todo Los Ángeles la noticia de que el notario Shepard y el abogado Turner habían sido detenidos bajo la probada acusación de formar parte de la banda que venía asolando la ciudad y, más concretamente, de haber robado una fortuna en dinero, perlas y brillantes al chino Sun Chih.

Como complementos que probaban la culpabilidad de ambos personajes, estaba la declaración de Gutiérrez, el famoso cochero que fue careado con los acusados, quienes afirmaban que él los había llevado en dirección a la posada del Rey Don Carlos. A esto replicó negativamente Gutiérrez, probando con abundancia de testigos que en el momento a que se referían aquellos señores él estaba bebiendo en la taberna de Jacinto, y su coche estaba a la puerta.

Jacinto confirmó las palabras de Gutiérrez, agregando:

-No puedo olvidarlo, porque me pagó con una hermosa moneda de veinte dólares. Veo demasiado pocas para olvidar la llegada de una de ellas a mi casa.

-¡Esa moneda se la dimos nosotros! -gritó Shepard.

-Le pidieron permiso al *Coyote* para que antes de llevárselos les permitiera pagar la carrera, ¿no? -rió Mateos, que se sentía muy satisfecho de haber podido al fin,

cazar a dos de la banda.

-Fue él quien nos obligó a pagar -dijo Turner.

-Todo eso es mentira y está bien claro que lo es -dijo el policía-. Adiós, Gutiérrez; gracias por su ayuda.

Aquella noche, Charles Turner y Howell Shepard durmieron en dos celdas inmediatas a la que ocupaba José Morales.

Capítulo XII

El rancho Morales

-¿Cómo ha podido acumular tantas y tan falsas pruebas contra esos dos hombres?

Yesares sonrió ante la pregunta de Serena.

-Usted no entiende todavía -dijo-; pero mañana lo sabrá todo. Su padre saldrá de la prisión y entonces comprenderá que si Shepard y Turner son inocentes de un delito, en cambio son culpables de otro, quizá menos grave a los ojos de la ley. Pero creo que vale más que pasen una larga temporada en la cárcel e incluso opino que sería un bien que los ahorcasen.

-¡Qué horror! No comprendo cómo puede usted hablar así. Claro -agregó Serena más dulcemente-, que usted ha vivido una existencia terrible, teniendo que luchar contra tantos enemigos...

-Sí; no ha sido una existencia fácil -suspiró Yesares-. He tenido que matar a muchos hombres. Y ahora sólo bajo una falsa apariencia puedo vivir en paz. Si llegasen a saber quién soy en realidad, terminarían conmigo al momento.

-Por mí nunca lo sabrán -aseguró de nuevo la joven. Luego, mirando a los ojos a su compañero, murmuró-: Y, sin embargo, no parece usted un hombre terrible. Quizá con la máscara y los revólveres...

-La realidad siempre desilusiona. Usted me imagina muy distinto, ¿no?

-Tal vez; pero quizás más que distinto lo imaginaba menos natural. Quiero decir que *El Coyote* fue siempre para mi una especie de caballero andante, un Amadís de Gaula, o un Artús. Un ser que no podía ser real.

Ricardo Yesares inclinó la cabeza.

-Tendré que pedirle perdón por haberla defraudado.

-¡Oh, no! -exclamó impetuosamente Serena-. Al contrario. Usted ha sido un sueño irreal convertido de pronto, para felicidad mía. en una realidad tangible.

-¿Para felicidad suya? -preguntó, con voz ronca, Yesares.

-Sí -musitó-; pero quizás exista otra mujer que tenga más derecho que yo a esa felicidad.

Estaban solos, rodeados por la maravillosa hermosura de la tierra de California, la Reina de las Flores. La tierra subía en ligeras oleadas hasta las lejanas montañas. Nadie estaba lo bastante cerca para verles ni oírles. Ricardo Yesares, vencido por la expresión de las acuosas pupilas que eran azules como los lagos que, formados por el derretir de los montes Shasta, pagan a su inmenso padre ofreciéndole nítidos espejos

para que contemple en ellos su pétrea majestad coronada de eternas nieves, tomó entre sus brazos a Serena y, cerrando los ojos, se hundió en aquellas aguas que en vez de frías eran cálidas como si bajo su superficie ardiese un volcán. Los labios de los dos jóvenes se unieron, y durante unos segundos el amor fue dueño absoluto de ellos.

-Perdón, Serena -pidió Yesares cuando al fin encontró fuerzas para apartarse de la muchacha.

Las nórdicas pupilas de Serena se iluminaron de felicidad. No contestó nada; pero apoyó su hermosa cabeza sobre el pecho de Yesares, quien besó suavemente sus negros cabellos, que olían a heno florido.

* * *

-O sea, que estás enamorado como un chiquillo de Serena Morales -sonrió César de Echagüe, cuando Yesares le hubo relatado parte de lo ocurrido.

-Sí, estoy loco por ella.

-Sin embargo, no pareces muy alegre -advirtió César.

-Es que... no estoy seguro de que ella me quiera.

-¿No estás seguro de su amor? No obstante, por lo que me has contado y por lo que adivino, creo que tienes pruebas más que sobradas de que Serena te ama.

-No, César. A quien ella ama de verdad es a ti.

-¡Eh!

-Quiero decir que está enamorada del *Coyote.* Si supiese que yo no soy más que un agente tuyo su amor se marchitaría.

-Es posible que tengas razón -admitió César-. No se me había ocurrido que pudiera suceder eso. Claro que las mujeres siempre son extrañas y a lo mejor se alegraría si supiera que no eres lo que ella ha creído.

-No me atrevo a hacer la prueba. Prefiero alejarme...

-No, eso no -interrumpió César-. Me has sido demasiado útil para que yo piense, ni por un instante, en separarme de ti.

-Pero si no le digo la verdad y luego ella la descubre... puede vengarse...

-No lo creo. Pero, de todas formas, no hagas nada hasta que yo te lo diga. Ahora lo que corre prisa es hacer salir de la prisión a Morales. Un abogado ha sido encargado ya de ese trabajo. Dentro de unas horas, Serena y su padre te visitarán. Tú explícales lo siguiente.

Durante veinte minutos César de Echagüe estuvo dando detalladas instrucciones a Yesares. Cuando hubo terminado se levantó, y saliendo de la posada del Rey Don Carlos, marchó a su rancho en un cómodo carricoche. Al verle cualquiera hubiese creído que todo su trabajo estaba ya terminado. Sin embargo, aún faltaba mucho que hacer.

* * *

-No comprendo nada, señor Yesares -dijo el padre de Serena-. Ha conseguido usted desconcertarme. O quizá más que usted la noticia de que no hay tal falsificación.

Yesares sonrió ante el desconcierto de Morales.

-La explicación es muy sencilla -dijo el joven-. Hace muchos años usted recurrió al señor Greene para que le proporcionase el título de propiedad de sus tierras. ¿No es cierto?

-Sí, y el señor Greene se olvidó...

-No, no se olvidó. El señor Greene consiguió el título original de la propiedad del rancho Morales, que estaba en Sevilla, sin haber llegado nunca a California. En

cuanto lo tuvo en su poder se lo envió a usted; pero la diligencia en que venia fue asaltada por los bandidos, quienes, entre otras cosas, se llevaron su titulo de propiedad. Como usted no insistió, el señor Greene supuso que había recibido el documento y que, como ocurre tantas veces, se había olvidado de darle las gracias.

-¿Es posible que el, señor Greene haya pensado eso? -preguntó Morales.

-Sí, lo pensó; pero no le dio excesiva importancia. Lo consideró muy natural y no tardó, también él, en olvidarse de todo lo referente al documento en cuestión.

-¿Y qué fue de ese documento?

-No lo sabemos -contestó Yesares-; pero cabe suponer que rodando de mano en mano llegase a las de Shepard. Él era lo bastante listo para comprender en seguida la importancia que para sus intereses podía tener el documento. Inmediatamente le anunció que se iba a revisar la sentencia acerca de la propiedad de su rancho y le previno de los supuestos peligros que le amenazaban si no legalizaba usted su situación. Le habló de un hábil falsificador de documentos y le hizo entrar en relaciones con él. Por un elevado precio usted obtuvo un documento de apariencia legal que justificaba sus derechos a la tierra que le fue otorgada a su abuelo por el rey Carlos III de España.

-Así es.

-Pero usted, poco práctico en las medidas antiguas a que hace referencia el documento, no vio que no sólo trataba de demostrar que las actuales tierras eran suyas, sino que, además, reclamaba una superficie cinco veces mayor que la actual. Eso fue lo que llamó la atención de los encargados del registro, quienes, al examinar con más cuidado el documento, vieron los detalles que demostraban su falsedad y se apresuraron a denunciarle.

-Pero, ¿no se ha demostrado...?

-Un momento -interrumpió Yesares-. Déjeme seguir con mi historia. El documento era falso y usted fue legalmente encarcelado. No dijo nada contra Shepard porque suponía que él era amigo suyo y que si hizo algo fue sólo buscando, aunque equivocadamente, su beneficio.

-En efecto. Mi honor me impedía complicar a Shepard.

-Él tuvo menos escrúpulos. En primer lugar, le envió a Turner, que es un compinche suyo, e hizo que procurase desanimarle lo más posible. Después, y porque estaba loco por su hija, trató de convencerla de que debía casarse con él a fin de que él pudiese interponer en su favor toda su influencia. Eso era mentira, ya que la justicia actual es bastante más decente de lo que supone la mayoría. El plan de Shepard era otro. Quería que usted le cediese todos los derechos y responsabilidades sobre el rancho. Una vez dueño de todo, mostraría el documento real, que ya había hecho meter entre los demás documentos relativos al caso, y en sustitución del falso, cosa que no le costó mucho, ya que, como abogado y notario, tiene libre acceso a los archivos del juzgado. El documento real debía probar que el rancho Morales no sólo le pertenecía en su totalidad, sino que numerosísimas tierras que estaban en poder de otro eran también suyas. El valor del rancho se quintuplicaría...

-Pero si ya se había demostrado que el documento era falso...

-Se volvería a demostrar que era legítimo, y se echaría sobre los que hicieron las revisiones la acusación de que obraron precipitadamente al emitir su juicio. El documento era legítimo y nadie podría probar que no lo fuese. Usted habría perdido su rancho y su hija. Y Shepard habría ganado una mujer hermosa y un rancho magnífico.

-Pero en cambio, ha ganado la cárcel -dijo Serena, con voz firme.

Y mirando a Yesares, agregó:

-Ahora comprendo sus palabras, señor Yesares. Shepard es inocente de un

delito, pero culpable de otro que, a mi entender, es mil veces peor.

-Me cuesta trabajo creer que todo esto haya podido ocurrir -murmuró Morales-. Casi tengo que estar agradecido a Shepard por haber aumentado el rancho.

-En cierto modo, sí -sonrió Yesares.

-Nunca llegaré a conocer la verdadera naturaleza humana -suspiró el viejo-. Siempre creí a Shepard un hombre recto y honrado. Y no sólo resulta que me quería estafar, sino que, además, es jefe de una banda de canallas. ¡Qué mundo!

-Un mundo lamentable -dijo Yesares, poniéndose en pie-. No le entretengo más, porque supongo que usted debe de querer regresar a su rancho.

-Y usted tendrá que revisar los guisos y preparar alimentos para la cena, ¿no?

-También hay algo de eso -admitió Ricardo Yesares.

-Muchísimas gracias por todo -dijo Morales, tendiendo la mano al joven-. No sé cómo agradecerle el interés que se ha tomado por mí.

-No tiene mayor importancia que la de un favor a un amigo. Somos de la misma raza. Además, el señor Echagüe fue quien obtuvo de su cuñado las noticias que nos pusieron sobre la pista verdadera. De todas formas, les agradeceré que alguna noche vengan a cenar a esta posada.

-Se lo prometo -dijo Morales-. Y no olvidaré la promesa.

Yesares los acompañó hasta la puerta. Mientras el padre de Serena partía en busca del conductor del coche en que habían llegado, la joven se volvió a Yesares y murmuró:

-Esta noche habrá luna llena otra vez.

-Sí -murmuró Ricardo.

-Yo no podré resistir la tentación de bajar al jardín. La madreselva huele mejor de noche. Estaré junto a ella.

Yesares no pudo replicar porque en aquel momento regresó el señor Morales arrastrando a un cochero, a quien apostrofaba: ,<¡

-¡Eres tan gandul como siempre, Gutiérrez! ¡Eres terrible!

Lo hizo subir al pescante y de nuevo estrechó la mano del dueño de la posada del Rey Don Carlos. A continuación ayudó a Serena a subir al coche y luego se sentó junto a ella.

Desde la puerta de su establecimiento, Ricardo Yesares vio alejarse el coche y varias veces fue premiado con la clara mirada de aquellas pupilas, que eran como las aguas en que se refleja el monte Shasta.

En voz baja y casi sin darse cuenta de lo que decía, murmuró:

-La madreselva huele mejor de noche.

-Ésa es una gran verdad, Yesares -una voz tras él.

Yesares volvióse, sobresaltado.

-¡Oh, César! -exclamó-. ¿Estabas aquí?

-Llegué hace un rato y estuve escuchando -sonrió el estanciero-. La madreselva huele mejor de noche. Sí, es muy cierto. Debe de tener una explicación científica; pero es más bonito creer que huele así porque trata de embriagar a los enamorados. Lo malo es que esta noche no podrás aspirar el olor de la madreselva del rancho Morales.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que has oído?

-Lo suficiente para asombrarme de las citas que da cierta joven y de las cosas que prometen ciertos ojos claros como las aguas... Bueno, no quiero ruborizarte. Esta noche necesito que la pases entera en la posada. Alguien sospecha algo. Y si se confirmaran esas sospechas, mi falso *Coyote* y el verdadero pagarían las consecuencias de una cita amorosa. Mañana también habrá luna llena.

Y sonriendo de una manera muy extraña, César se alejó lentamente, dejando a Yesares sumido en un mar de encontradas emociones.

Capítulo XIII

Donde florece la madreselva

Las blancas flores desbordaban el muro de rojos ladrillos y embalsamaban el aire con su penetrante aroma. Serena, sentada en la terraza donde florecía la madreselva, tenía la mirada fija en el camino.

De pronto, un jinete apareció en un recodo y avanzó hacia el rancho. La luna ponía de manifiesto casi todos los detalles de su traje. Serena comprendió quién era el que llegaba.

-*¡El Coyote!* -murmuró.

El jinete no desmontó. Desde su caballo quedaba su cabeza al nivel de la balaustrada.

-¡Ricardo! -musitó Serena.

El Coyote levantó la cabeza. La luz de la luna reflejóse en la triangular peca de su oreja derecha.

-Debo hablarte, Serena -dijo con voz ronca.

-No es necesario que digas nada -susurró la joven.

-Tengo que decirte algo muy importante. No debiera haber venido. Corre peligro mi vida y la de otro; pero no puedo callarte la verdad...

-¿Existe otra mujer? -preguntó Serena, sintiendo hielo en su corazón.

-¡No! Sólo existes y existirás tú, vida mía. Y te juro que cuando esté lejos de aquí, junto a los lagos en que mira el monte Shasta, recordaré tus pupilas.

-¿Por qué? -casi gritó Serena-. ¿Por qué te marchas? ¿Por qué hablas de recuerdos y de sueños cuando podemos vivir una hermosa realidad?

-No podemos -aseguró *El Coyote.*

-¿Por qué? ¿Porque temes que quiera retenerte aquí e impedir que sigas tu vida heroica? No; ya comprendo que debes seguir tu vida de aventuras. Pero yo no seré un estorbo. Si me quieres a tu lado lucharé junto a ti como lucharon junto a sus esposos las mujeres de los vikingos y las de España. Tengo sangre de dos razas heroicas y seré capaz de estar siempre a tu lado y de soportar todas las privaciones que te agobien.

-No se trata de eso, Serena. Es algo más grave. Ya sé que no debiera hablar; pero no me queda otro remedio que hacerlo. Yo no soy *El Coyote.*

-¡Eh! Pero... si tú has dicho...

-Déjame contarte. Yo sirvo a las órdenes del *Coyote.* Soy quien le representa en ciertos momentos en que él no puede actuar, so pena de descubrir su verdadera personalidad. Soy el sustituto del *Coyote.* Nada más. Su mano derecha pero él es el cerebro.

-¿Es posible que..., que me hayas engañado?

-No tuve otro remedio que hacerlo, Serena. Debo la vida a ese hombre incomparable, y destrozaría mi vida y mis esperanzas antes que faltar a lo que prometí. Si quieres, puedes denunciarme.

-No..., no; eso no. Pero... ¿era necesario mentir?

-Lo era. Tú no comprendes la grandeza de nuestra misión. Admiras los efectos y no te das cuenta de que para lograr un triunfo hay que trabajar unidos mucho tiempo, sacrificarnos, laborar en la oscuridad.

Serena inclinó aún más la cabeza.

-Perdóname -murmuró-. Estoy aturdida.

-Creías que te amaba un príncipe y de pronto has descubierto que sólo se trataba de un escudero. Lo comprendo, Serena. Adiós. Mañana partiré a una misión y no volverás a verme. Mejor que sea así. No por mí, sino por el jefe a quien sirvo, te ruego que calles todo esto. Que nadie sepa la existencia de dos *Coyotes.* Al hacerlo ayudarás al hombre de quien realmente estás enamorada. Adiós. Mañana, cuando la luna se asome al cielo, pasaré por aquí camino de mi nueva misión.

* * *

Ricardo Yesares marchaba hacia el valle de San Gabriel. Una inesperada orden de su jefe le impedía de nuevo realizar sus deseos. Pero su deber era cumplir lo que le mandase el hombre a quien debía la vida.

-Puedes detenerte un momento junto a la tapia donde crecen las madreselvas del rancho Morales -le había dicho César-. Si hay alguien asomado a la terraza, acércate y abre esta carta y léela a la luz de la luna. Está escrita con letra muy grande a fin de que no tengas ninguna dificultad.

Yesares estaba ya muy cerca del rancho y en su corazón batallaban dos fuerzas contrarias. ¿Debía acercarse o no a la mujer que estaba enamorada del *Coyote*?

Una masa de madreselvas separóse de la desbordante cascada de flores blancas y perfumadas. Casi al momento Yesares comprendió que se trataba de una figura vestida de blanco. Acercóse más y captó el brillo de unos ojos azules como el cielo, como las aguas de los lagos...

-Ricardo.

Era la voz de ella.

Yesares acercóse más y con nerviosa mano abrió la carta que le había entregado *El Coyote.* La leyó rápidamente, enterándose, con admiración y agradecimiento, de lo que César había hecho por él la noche anterior. Tras guardar la nota en un bolsillo saltó al suelo, y utilizando como escalones las grietas del muro, llegó a la balaustrada.

Serena, con la cabeza y el busto cubiertos por blanca mantilla de blonda, sonrió feliz.

-Perdóname -musitó.

-¿De qué, amor mío?

-Ya lo sabes. He pasado un día terrible, temiendo siempre que te marchases sin pasar por aquí... Y sobre todo, temiendo que creyeses que amaba a un símbolo y no a un hombre.

-Es que... -empezó Yesares.

-Por favor, déjame hablar. Ayer noche tú hablaste más que yo. Hoy me corresponde a mí. No me importa que no seas el verdadero *Coyote.* Si tú quieres, seré incluso una fiel servidora del *Coyote.*

Ricardo Yesares se puso en pie y cobijó entre sus brazos a Serena Morales. El aire embalsamóse aún más con el aroma de las madreselvas, agitadas un momento.

* * *

César de Echagüe se contempló en el espejo. Tras él, Guadalupe Martínez aguardaba a que su amo le diera la orden para la cual la había llamado.

-¿Qué te parece mi cara, Lupita? -preguntó César.

-No comprendo -murmuró Guadalupe.

-¿No ves nada distinto en ella?

-No.

-Está en la oreja derecha.

Guadalupe se fijó con más atención.

-Esa peca... -murmuró.

-Sí. Es nueva. -

-¿Por qué?

-Porque nos va a ser muy útil. Tendremos que cultivarla con mucho cuidado. Es la marca del *Coyote.* Muy curioso, ¿verdad? *El Coyote* marca a sus enemigos con un balazo en el lóbulo de la oreja, y él, a su vez, tiene una peca que le denuncia.

-¿Es algo nuevo? -preguntó Guadalupe.

-Sí. Ayer noche la utilicé por primera vez para...

El espejo reflejó la extraña expresión del dueño del rancho de San Antonio. Guadalupe sintió un súbito temor. Aquella mirada... la había visto ella años antes, cuando Leonor de Acevedo estaba aún en el mundo y todavía no era la esposa de César de Echagüe.

-La utilicé para hablar de amor a una mujer -siguió César, borrando con una toalla la falsa peca.

-¿De amor a una mujer?

-Sí. Hacía años que mis labios no pronunciaban semejantes palabras. Me sentí más joven.

Y sin darse cuenta de la ansiedad de Guadalupe, agregó:

-Eran palabras de amor, dichas en nombre de otro.

César contempló la toalla manchada por la pintura de la peca.

-Sólo así pude pronunciarlas -dije—. Ahora, otro nombre marcha a recoger lo que yo sembré. Si es que supe hablar bien.

-Estoy segura de que ella amará a ese hombre.

César soltó una carcajada; luego, sus ojos se nublaron y Guadalupe adivinó lo que estaban recordando. La mirada de la muchacha se posó en la miniatura de Leonor de Acevedo, que descansaba en la mesa.

-Contra ella no puedo nada -pensó-. Todavía no puedo nada. -Y en voz alta preguntó-: ¿Es necesario que siga exponiendo su vida?

-¿Por qué no? ¿Para quién tiene interés la vida?

Guadalupe no contestó. Era la dueña real del rancho; su palabra era ley por todos acatada. Y para ella..., para ella sí que tenía importancia la vida de César de Echagüe. Sin embargo, con voz serena, replicó:

-¿Debo prepararle algo, mi amo y señor?

-No; hoy, no; pero mañana, sí. Ya te avisaré. Quiero acabar con esa banda que impera en Los Ángeles: con la banda de la Calavera.